

COMENTANDO

Llevamos veinte años de poner sordina y acaso sea conveniente quitarla

Es bastante delocada, atraviesa por un momento crítico la situación de Barcelona para que hagamos comentarios sobre ella.

Las anteriores líneas, publicadas por el órgano del partido conservador, son sobradamente elocuentes. Tanta elocuencia hay en lo que dicen cuanto en lo que callan, y quienes sepan leer entre líneas comprenderán que la situación debe ser gravísima cuando un órgano tan caracterizado como «La Epoca» no vacila en emplear la palabra «desfiladero».

Hay en las palabras del colega una reticencia que debe ser aclarada: la referente al conde de Romanones. Y aclarada quedará con sólo decir que el jefe del partido liberal no puede ser nunca responsable de lo hecho por el conde de Limpías.

Durante muchos años he creído, como el colega, que era patriótico poner sordina a las palabras, frenando el lenguaje con el empleo de eufemismos.

DESDE POLONIA

EL INSONDABLE MISTERIO RUSO

(De nuestro redactor especial)

En efecto, la situación en Rusia desde estas últimas semanas se ha modificado sensiblemente. El Gobierno soviético de Moscú ha obtenido grandes éxitos militares sobre todos los grupos rusos que le combatían.

hubiésemos hablado con toda claridad cuando Dato fué a Barcelona y más tarde cuando los incidentes de 1905, acaso no se hubiese llegado nunca a la situación a que se llegó luego.

Por lo mismo que me asaltan esas dudas las expongo con toda lealtad. Hasta ahora, no ha dado buen resultado la sordina, y los veinte años que llevamos usándola han sido desastrosos.

Por emplear sordina, por escribir empleando circunloquios, jamás se ha sabido la verdad, toda la verdad, de cuanto viene sucediendo desde 1905.

¡Quitemos la sordina! ¡Hablemos claro! Tal vez se produzcan tumultos, disturbios, choques sangrientos; pero acaso sea preferible una lucha de horas o de días, a esta lucha sorda de años y más años, entre adversarios que no se deciden a atacarse cara a cara y que se limitan a hostilizarse de cuando en cuando con amenazas y alfilerazos.

¡Den la batalla de una vez! Descúbranse los unos y los otros y hablen con toda claridad para que sepa España qué quieren. Cuando lo sepa, podrá decir quién debe gobernar.

JUAN DE ARAGON

Los cuadros de dicho ejército están formados en su mayoría por antiguos oficiales zaristas, que se han visto obligados a aceptar el compromiso de servir, pero que no por eso se han convertido en comunistas.

Claude Anet dice que a la cabeza de esos ejércitos ve a tres generales que conoce. El general Evert, antiguo comandante en tiempo de los Romanoff y durante la guerra del frente Oeste; Gouter, que era comandante del frente Sudoeste, y Klenbowski, que se hallaba en el frente Norte.

¿Son estos generales bolchevistas?... Si por los únicos medios que conocen han llegado a constituir un ejército poderoso que llevan a la victoria, ¿no es también probable que la balanza de las fuerzas se modifique?...

¿Sobre quién se apoyará el poder civil?... Pensemos y meditemos sobre las diferentes historias revolucionarias... en el general vencedor...

¿Será víctima algún día el poder de Moscú de alguno de estos generales vencedores?...

C. GRANZÓW DE LA CERDA Varsovia, enero 1920.

La vida en Madrid

CARIDAD Y ARTE

Llegamos a las avenidas próximas a las que dan entrada al teatro Real, y asusta pensar el capital que representa el número de coches y automóviles reunidos.

Es la fiesta goyesca, el baile que en el regio coliseo se celebra, aunando el homenaje al castizo arte de Goya con los tradicionales sentimientos caritativos de las damas españolas.

Todos aquellos carruajes habían conducido a reyes, infantes y títulos de Castilla; a diplomáticos y a poderosos de la banca; a cuanto figura en la alta sociedad madrileña, que respondiendo a la invitación de linajudas damas, acudían a rendir su tributo en beneficio de los niños pobres, austriacos y madrileños, al mismo tiempo que a dar esplendor a una fiesta española.

No comprendemos esas censuras que no hace mucho tiempo se prodigaban por ese modo de ejercer la caridad, haciéndola compatible con las delicias de una grata estancia en culta reunión.

Venga de donde venga, debe aceptarse el dinero, si para hacer el bien sirve, y cuando, además, procede de una fiesta de cultura, de elegancia y de arte nacional, miel sobre hojuelas.

Ya dice el refrán que el que tiene una onza, la cambia, y mientras el régimen capitalista sea fundamento del orden social, quien tiene el dinero debe gastarlo, y dichoso él si al gastarlo de modo agradable, acierta a que una gran parte vaya a enjugar lágrimas y satisfacer apremiantes necesidades.

En esa fiesta de caridad, más atractiva por ser caridad para los niños, se dio la nota de orden por su buena organización; de belleza, de lujo y de gusto artístico.

Fiesta brillante de distinción, de belleza y de esplendor, como correspondía a una fiesta presidida por nuestra hermosa y caritativa Soberana.

UN PROVINCIANO

Implantado ya el descanso dominical, publicaremos solamente a los 26 números. Por lo tanto, podremos dar la suscripción mensual a

2,50 pesetas

Ese es el precio que regirá, y no el de tres pesetas que anunciamos en nuestros boletines de suscripción

Sean, por lo tanto, los lectores que costará la suscripción en toda España

2,50 pesetas

compensando en provincias los gastos de franqueo con los de reparto en Madrid.

Rogamos a los autores de las Novelas Cortas procuren no excedan mucho de cinco columnas. El tamaño ideal para nuestro ajuste y para poder desarrollar el plan que nos hemos propuesto es el de cinco columnas y cuarto o cinco columnas y media como máximo. Así podemos dedicar casi toda la plana décima a las informaciones que integran nuestros proyectos.

También les suplicamos nos envíen cuanto antes los originales para tener tiempo de corregirlos dos veces las novelas y poder organizar bien el trabajo.

LA ESPAÑA DE HOY ESTRECHECES

El factor que más ha contribuido a asociar en pocos meses en la organización sindicalista a la casi totalidad de la población obrera de Cataluña ha sido el encarecimiento de la vida. Frente a esta proposición se alega el hecho de que las estadísticas afirman que el precio de las subsistencias y renta de habitaciones ha subido un 60 por 100, en tanto que los salarios han ascendido un cien por ciento en estos años últimos.

Pero aunque el aumento en los salarios hubiera sido, en efecto, mayor que el encarecimiento de la vida, ello no destruiría la tesis de que la organización obrera se debe en buena parte a los estrecheces de la vida, porque lo decisivo para esta tesis es el hecho indiscutible de que el encarecimiento precedió a la elevación de los salarios.

Hubo momento, a fines de 1917, en que los obreros de Barcelona se dieron cuenta de que les era imposible la vida con los salarios que tenían entonces, y necesitaron que se les aumentase con una necesidad que fué más poderosa que el temor a perder sus colocaciones en caso de declararse en huelga.

Estos hechos se entretujan de tal suerte que se hace difícil conocer si es el alza de los salarios lo que determina la de los precios o viceversa. En cuanto se quiere profundizar un poco en el problema de los precios, se cae en la cuenta de que la Economía política no puede decirnos sino lo que nos diga como uno de los aspectos de la historia, es decir, que en una fecha determinada el kilo de azúcar costaba tal suma en tal plaza y en tal tienda.

Con esto hemos señalado ya una de las causas del encarecimiento. La guerra ha hecho que muchas docenas de millones de hombres abandonasen los trabajos productivos de manufacturas y materias agrícolas para dedicarse a pelear o a producir material de guerra. La consecuencia ha sido una escasez universal de cosas necesarias para la vida, y, por tanto, el encarecimiento proporcional a la escasez.

A esta causa de carácter universal, pero pasajera, aunque tengan que advertirse aún sus efectos, y se seguirán advirtiendo durante varios años, han de añadirse otras, una de las cuales es también de carácter universal y además permanente, por lo menos de un modo relativo. Ya los precios venían encareciendo antes de la guerra, cada año un poco, pero sin cesar. La causa de ese encarecimiento no está aún esclarecida; pero la hipótesis más plausible es la que lo atribuye a la extinción progresiva de las tierras vacantes en el Mundo.

Los autores de la falsificación y sus cómplices no tienen derecho a codearse con personas decentes. Si de eso son capaces por unos votos, ¿de qué no serán capaces por unas pesetas?

había dejado de haber tierras vacantes en el Mundo, con lo cual no se quiere decir que no haya tierras inexploradas, que, a Dios gracias, abundan todavía, sino que ya no hay tierras sin propietarios. Y al advertirse este fenómeno se ha multiplicado en todo el Mundo el valor en venta de los terrenos, lo que ha ocasionado el alza de las rentas, y, en consecuencia, el de los precios.

Las causas locales que han hecho de Barcelona, antes ciudad barata, una de las más caras de España, se pueden resumir en el incremento desmesurado y rápido de su población y de las exportaciones catalanas. La guerra hizo concentrarse en Barcelona una gran población extranjera, alemana principalmente, a la que ha de añadirse la población española que hubiera emigrado en tiempos normales y que no pudo hacerlo por falta de navíos.

Las subsistencias no han crecido proporcionalmente a la población. Al contrario, las enormes cantidades de víveres exportados al Extranjero han aumentado la escasez de alimentos, que de todos modos habría surgido por el aumento de la población. Y el solo hecho de acumularse tanta gente ha hecho duplicarse las rentas de viviendas y comercios.

RAMIRO DE MAEZTU

JULIO ANTONIO

Con el triste motivo de ser el domingo 15 del actual el primer aniversario del fallecimiento del malogrado escultor Julio Antonio, se celebrará el sábado 14, a las once de la mañana, un solemne funeral en la iglesia de San Jerónimo el Real en sufragio de su alma.

ASUNTO GRAVE

Falsificación electoral

Dice «El Universo»: «Algunos candidatos desaprensivos—por no calificarlos de otra manera—han acudido en las últimas elecciones al vitandío subterfugio de enviar candidaturas a los electores con tarjetas y besalmanos de nuestro amantísimo prelado y de otras personas respetables, ajenas totalmente a las luchas de los partidos.

¡Nú! ¡es decir que tales impresos eran apócrifos, y que reprobamos tan escandaloso abuso.»

Como dice el colega es exacto. Ese fué uno de los procedimientos empleados para derrotar al Sr. Romeo. Uno de los candidatos falsificó cartas, besalmanos y tarjetas del señor obispo de Madrid, de don Antonio Maura, de D. Juan de la Cierva, de D. Eduardo Dato y de otros señores, rogando a sus amigos votasen determinada candidatura. Como ésta era completa, no solamente se sumó unos cientos de votos, sino que los restó a otros candidatos.

Hemos visto besalmanos falsificados del Sr. La Cierva, tan apremiantes, que en cuanto los leímos comprendimos que eran falsos. Iban dirigidos a militares que habitaban en el distrito de Palacio y a amigos particulares suyos.

Casi toda la labor fué realizada a última hora, el viernes y el sábado, para que no hubiese tiempo de salir al paso de los falsificadores.

El caso es más grave de lo que parece, y nosotros preguntamos si puede sentarse en el Ayuntamiento quien antes de ser concejal ya falsifica cartas, besalmanos y tarjetas de respetables personas, para robar con ellas un acta de concejal.

Tan criminal es eso como el ir la vispera, casa por casa, diciendo que Leopoldo Romeo se había retirado, y que por estar enfermo no había podido hacer pública su retirada.

Los autores de la falsificación y sus cómplices no tienen derecho a codearse con personas decentes. Si de eso son capaces por unos votos, ¿de qué no serán capaces por unas pesetas?

Exposición Martínez Abades

Inauguración En el salón permanente del Círculo de Bellas Artes, en la plaza de las Cortes, se ha inaugurado ayer tarde, bajo la presidencia del ministro de Instrucción pública, la Exposición de cuadros del notable pintor Sr. Martínez Abades, recientemente fallecido.

DEL TIEMPO PASADO

Alhajas fenicias en Málaga

Leyendo la Prensa de Málaga, encontramos en «La Unión Mercantil» un interesante y erudito artículo del ilustre Narciso Díaz de Escovar, que no podemos resistir la tentación de reproducirlo, para dar a conocer a nuestros lectores la existencia de esas joyas fenicias que tanto interés histórico y artístico ofrecen.

Los turistas aficionados a esta especialidad tan curiosa de las antigüedades saben ya dónde pueden admirar esos ejemplares, que ofrecen tanto interés al erudito que han merecido que Díaz de Escovar les dedique un artículo.

Dice así este notable trabajo:

«Sin perjuicio de ocuparnos en otros artículos de las antigüedades fenicias que existen en nuestra ciudad, repartidas en los Museos del Sr. Echevarría, de la Academia de Declamación, de la Sociedad de Ciencias y de algunos particulares, concretaremos estos renglones a las magníficas alhajas de gran valor que se custodian en las vitrinas de la colección Loringiana.

A pesar de que en alguna ocasión se trató de su adquisición por anticuarios extranjeros, que las pagaban espléndidamente, y que en otras se pensaron adquirir por el Gobierno para el Museo Arqueológico, ha hecho la fortuna que en nuestra ciudad continúen y que su actual propietario, el Sr. Echevarría, no esté dispuesto a cederlas a ningún precio, y menos a la codicia extranjera.

La erudición del Sr. Berlanga nos ahorra mucho camino en este artículo, como en aquellos otros que a materia arqueológica dedicamos.

En agosto de 1875 se estaban abriendo los cimientos del edificio que iba a levantarse en la calle de Andrés Pérez, hoy Moreno de Mazón, para edificar las casas números 6 y 8 de dicha calle.

Grande fué la sorpresa de aquellos albañiles, a uno de los cuales, llamado Francisco Pérez, se le oímos referir, cuando a tres metros de profundidad dieron con un arca sepulcral, dentro de la que se conservaba, aunque en mal estado, una caja de plomo.

Rota la cubierta aparecieron huesos humanos, y entre ellos tres notables discos de oro, el mayor de ocho gramos de peso, con un diámetro de 65 milímetros, y los otros dos de iguales dimensiones entre sí, pesando cada uno un gramo y 80 centigramos, con un diámetro de 34 milímetros, teniendo los tres en el centro un granate montado sobre el oro.

Estos curiosos discos, de una delgada lámina repujada, forman una especie de roseta, cuyos largos pétalos llegan en el grande al número de 32 y en los más pequeños a 16, presentando cerca de los extremos unos intersticios por donde debió pasar la aguja que los cosió al traje fenicio del que fueron adorno.

Según Perrot, en la isla de Chipre se descubrieron placas delgadas de vidrio, que también presentaban boquetes para dar paso a la aguja que las prendía al vestido. Añade Berlanga que la semejanza de estas alhajas al dije central que estaba unido al collar descubierto en la necrópolis fenicia de Cádiz, al medallón de oro del tesoro de «Curius», que Perrot menciona, y a un marfil grabado que se halló en Sidón, prueban la procedencia de la Siria, que podrían tener estos discos.

Con ellos se encontraron unos interesantes huesos labrados, de los que se guardan veintitantos de tamaños distintos.

En nuestros días, hacia el año 1890, sin que se averiguase el lugar, se descubrió una ornella ovalada de 17 milímetros de larga por 12 de ancha, perforada en dirección de su eje mayor, labrada por un lado en forma de escarabajo, y conteniendo en contrario, que es plano, tres signos indescifrables.

El célebre Adolfo Erman, director del Museo Egipcio de Berlín, la estimó como fenicia. Sabido es, además, el culto que aquellos hombres de la antigüedad rendían a los escarabajos, emblema sagrado, que puede considerarse en casi todos los Museos importantes.

En el año 1874, un pobre campesino de Vélez Málaga, que labraba sus tierras, halló una sepultura fenicia, y dentro de ella porción de cuentas de vidrios de colores, afectando unas formas cónicas, otras redondas y siendo algunas del rico mineral llamado de «láplis-zulí». Una sola era achatada, y no entrelarga. Con ellas se formaba un vistoso collar. El labriego fué a Vélez y las vendió a un platero de aquella población. Este collar tenía un precioso e inestimable cilindro de hematites, de 18 milímetros de largo, por un diámetro de 8, a cuyo alrededor aparece finamente grabada en hueco una escena mítica, sin leyenda, semejante a la que se distingue en otro cilindro encontrado en Salamis.»

El antes citado profesor Erman informó «que estaba hecho en el Norte de la Siria, de donde algún fenicio debió traerlo a España, no siendo posible hasta el presente fijar cronológicamente, con certidumbre, la fecha de estos trabajos, si bien estima que puede atribuirse a la primera mitad del primer milenio que procedió a nuestra Era, o sease del 1.000 al 500 años antes de Jesucristo».

Otra bonita joya se conserva, que se descubrió hacia el año 1870, en antiguísimas sepulturas abiertas en el sitio donde se cree que estuvo emplazada la vieja Sex, célebre por sus pavimentos, que acuñó moneda y tuvo gran importancia histórica. Se trató también de otro collar que acaso adornó el blanco cuello de alguna hermosa fenicia. Sus cuentas son de vidrio, de hueso, de lignito y de ámbar, rematado con dos adornos de cobre en sus extremos. En el centro aparece una cornalina de forma cilíndrica.

El erudito Berlanga afirma que esta joya, por la desigualdad de sus cuentas, por su hechura y por sus remates, es análoga a la encontrada en Tarso, que se custodia en el Museo Británico.

Es seguro que muchos malagueños ignoran

la existencia de estas joyas, que podrán admirar, como nosotros hemos admirado, gracias a la amabilidad del Sr. Echevarría y de su activo administrador, Sr. Mena.»

UNA FUNCION BENEFICA

LA UNION DE PERIODISTAS

Los periodistas malagueños, nuestros simpáticos y cultos compañeros, que constituyen la Unión de Periodistas, han celebrado

HIJOS DE QUIRICO LOPEZ MÁLAGA
Criadores-exportadores de Vinos. Fabricantes de Coñacs, Aguardientes y Licores.
ROLA "TITAN"-PONCHE "IMPERIAL" (24)

su primer festival con un éxito brillantísimo.

La función se celebró en el teatro Cervantes. A ella asistió lo más distinguido de la alta sociedad malagueña.

La nota más interesante del espectáculo la dieron algunos periodistas que representaron, mejor que la mayor parte de los profesionales, la graciosa obra de los Quinteros «La mala sombra».

El éxito artístico y el económico de este primer festival dado en beneficio del Montepío de la Unión de Periodistas no han podido ser más brillantes.

Felicidades cordiales a nuestros distinguidos compañeros.

LA PROTECCION A LA INFANCIA

UN NUEVO CONSULTORIO

En los primeros días del mes actual se ha inaugurado en Málaga un nuevo Consultorio gratuito para niños, instalado por la Junta de Protección a la Infancia.

La bella capital malagueña cuenta ya con algunos establecimientos benéficos, que son

la mejor prueba de los sentimientos de humanidad del culto vecindario malagueño.

Todo cuanto se haga para asegurar la vida del niño; todo lo que contribuya a arrancar de las garras de toda clase de enfermedades a la infancia desvalida, será siempre digno de sincero y entusiasta aplauso.

Al acto de la inauguración asistieron las autoridades.

EN EL PUERTO

Movimiento de barcos

Para dar a nuestros lectores una idea, siquiera sea aproximada, de cómo aumenta cada día el tráfico marítimo en Málaga, reproducimos una información del movimiento de buques en aquel importante puerto, que se refiere a uno de los últimos días de la primera decena del mes corriente.

Buques a la carga

Velero francés de 1.100 toneladas, *Orania*. Admite carga para puertos a elección. Pailebot de 400 toneladas, *Guadaira*, cargando para Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas.

Balandra *Polas*, para Palma de Mallorca. Velero a motor *Alfa*, para Sevilla. Balandra *Amparo Viñes*, para Ceuta o Gibraltar.

Catalonia, para Suecia y Finlandia. *Betis*, para Marsella y Génova. *Casandra*, para Casablanca.

Ciaño, para Gibraltar, Ceuta, Tánger y Larche.

Buques que se esperan

Velero *Carmina*, de 290 toneladas. Admite carga para puertos a elección.

Velero *Maria Auxiliadora*, de 290 toneladas. Admite carga para puertos a elección. *Cabo Carboeiro*, para Sevilla, Vigo, Marín, Villagarcía, Coruña, Avilés, Santander y Bilbao.

Ballenden, para Casablanca, Orán, Argel, Bone, Palermo, Ancona, Venecia y Trieste. *Haworth*, para Amberes directo.

Capri, para Hamburgo directo con trasbordo para Danzig, Stettin, Noruega, Koenigsberg, Suecia y Finlandia.

Cabo de Santa Pola, para Sevilla, Vigo, Marín, Villagarcía, Coruña, Avilés, Santander y Bilbao.

Tellus, para Amsterdam y Rotterdam.

Cette, para Barcelona, Génova, Liorna, Nápoles y Sicilia.

Rosa, para Londres y Gothenburgo. *Louis C.*, para Gibraltar, Larche y Casablanca.

Corgate, para Liverpool. *Polynesia*, para Londres.

Laúd Vicente Trilles, para Melilla y Alhucemas.

Bermeo, para Liverpool. *Monte Toro*, para Melilla.

Cabañal, para Río Martín, Tánger, Larche, Cádiz y Canarias.

Danae, para Génova directo. *Urbana*, para Casablanca, Saffi, Mazagán y Mogador.

Alerta, para Melilla. *Asunción*, para Bilbao directo.

José Tayá, para Santiago de Cuba y Habana.

Carmen, para Alicante, Valencia y Barcelona.

Guadiana, para Santiago de Cuba y Habana.

Azpeitia, para Nueva York. *Ansaldo IV*, para Montevideo y Buenos Aires.

Ansaldo II, para Nueva York y Filadelfia. *Ruby*, para Nueva York.

Cádiz, para Santiago de Cuba y Habana. *Cabo Quejo*, para Cete, Marsella y Génova.

Maria, para Marsella, Puerto Mauricio y Oneglia.

Vapor A, para Nueva York. *Teresa Tayá*, para Puerto Mauricio, Oneglia y Génova.

Manuel Calvo, para Puerto Rico, Habana, Venezuela, Colombia y puertos del Norte y Sur del Pacífico.

Rigel, para Río Janeiro y Santos. *Catalina*, para Santos, Montevideo y Buenos Aires.

Algeria, para Amberes directo. *Buenos Aires*, para Montevideo y Buenos Aires.

Kriton, para Alejandría directo.

J. Jacobsen, admite carga para Copenhague directo y con trasbordo para todos los puertos de Dinamarca, Suecia y Noruega, admitiendo también carga para Dantzig, Stettin, Lubeck, Helsingfors y Abo.

JUAN GIMÉNEZ & COMPAÑÍA
ARMADORES Y CONSIGNATARIOS
Tránsitos.-Despachos de Aduanas.-Embarques.-Desembarques.-Seguros.-Fletamentos.-Comisiones.-Consignaciones.
OFICINAS:
ALAMEDA DE CARLOS HAES, NÚM. 1 BIS
MÁLAGA (13)

ALMACEN DE CURTIDOS DE
Evaristo Minguet
Casa fundada en 1875.
Extenso surtido en artículos para calzado. Depósito exclusivo para Andalucía de pieles antisépticas para cama.
JUAN GÓMEZ GARCÍA (antes Especerías)
Sucursal: Calderería, antigua casa de Tío (MÁLAGA) (43)

FABRICACION Y ALMACENES DE CALZADO AL POR MAYOR EXPORTACION A PROVINCIAS Y AFRICA
Para comprar calzado elegante y de buen gusto dirigirse siempre a
GONZALO S. CLIMENT
Modelos elegantes de las últimas novedades de París y Londres
PRECIOS SIN COMPETENCIA
CASA CENTRAL: SUCURSAL Y TALLER:
TORRIJOS, NÚM. 54 STA. LUCIA, 6
MÁLAGA (17)

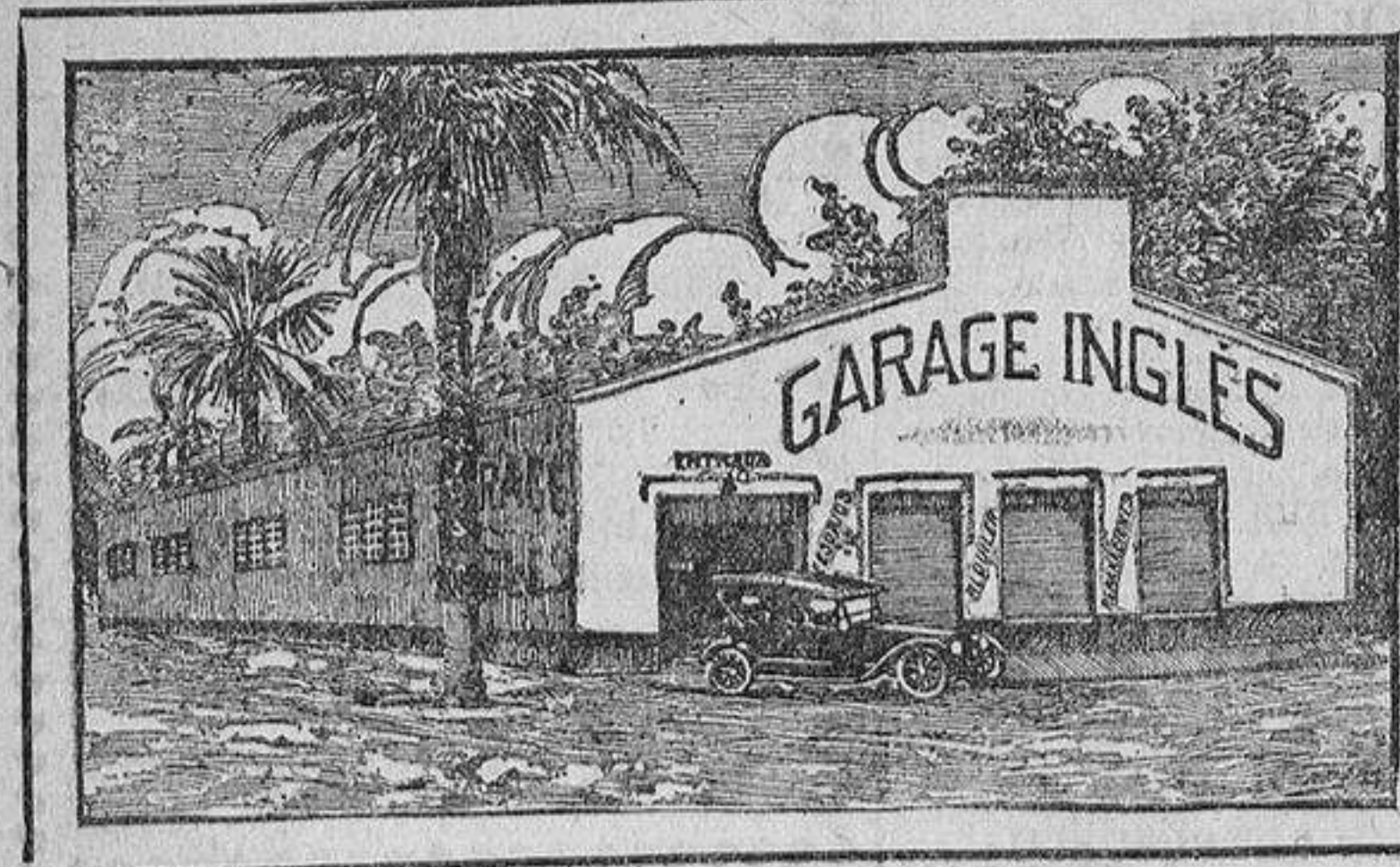
ANCIENNE MAISON
AUGUSTE GAILLARD
León GAILLARD Successeur
Exportación de aceites de Oliva
Refinería de aceites de Oliva
Extracción de aceites por el Sulfuro de Carbono
JABONERIA (18)

Almacenes de tejidos al por mayor y detall
Artículos especiales para caballeros.
Altas novedades para señoras.
F. Masó Torruella
Castelar, 3, y Alarcón Luján, 6.-MÁLAGA
Casa en Barcelona: Ronda de San Pedro, núm. 47 (44)

COMISIONES - REPRESENTACIONES
IMPORTACION Y EXPORTACION
SARALEGUI Y C.º, S. A. (SUCEORES DE SARALEGUI Y MERINO)
AVENIDA DE ENRIQUE CROOKE LARIOS, NÚMERO 25.-MÁLAGA
AMPLIOS ALMACENES PARA EL DEPÓSITO Y EXPOSICIÓN DE MERCANCÍAS (6)

ANTONIO H. BALLESTERO (S. EN C.)
Motores.-Dinamos.-Aparatos de precisión y medidas.-Pararrayos.
Material de instalaciones.-Aparatos.-Cables.
Única casa en maquinaria.-Bombas.-Lámparas (exclusiva marca PHILIPS 1/2 WATTIO).
MELILLA: Proyectos y presupuestos gratis. MALAGA: Plaza del Siglo, 2
Alfonso XIII, 34
La casa más antigua de Málaga :: Más de 2.000 máquinas en acción (38)

FRANCISCO RUBIO DOMINGUEZ
Trinidad Grund, 19.-MÁLAGA
Exportación de Pasas de Málaga, Higos secos, Ciruelas pasas, Limones, Uvas de Almería y todos los otros frutos frescos y secos de Málaga
Negociante-exportador de VINOS FINOS DE ESPAÑA
Casa acreditada en los mercados francés, belga, suizo e italiano.
:: Trataría y haría ofertas ventajosas con casas respetables ::
REFERENCIAS DE PRIMER ORDEN (3)



La Industrial Franco-Inglesa (S. A.)
GARAGE INGLÉS
Alameda Carlos Haes.
Málaga.
Inmenso garage con jaulas alquiler y taller de reparaciones.-Limpieza oxígeno.-Vulcanización, etc.
Alquiler de automóviles.-Motores industriales, agrícolas y marinos.
Neumáticos.
Accesorios y aceites.
Vacuum.
Agencia de los automóviles OVERLAND (50)

La Alegría
Restaurant de Cipriano Martínez
Marín García, núm. 18
:: Servicio a la carta y por cubiertos ::
Especialidad en vinos de los Morles
La casa más concurrida de Málaga (11)
FABRICA DE MOSAICOS HIDRAULICOS Y PIEDRA ARTIFICIAL
Despacho y Exposición: Castelar, 5.-Fábrica y Talleres: Salitre, 11.
PAVIMENTOS HIGIENICOS
Dibujos artísticos.-Estilos clásicos.-Mosaicos jaspados y de relieve
Imitación de tapices.-Baldosas especiales para aceras, escaleras, balaustradas, fregaderos, lavaderas, fuentes, bancos y baterías.-Tuberías y depósitos.
7 MEDALLAS DE ORO (39)

JUAN DELGADO & CO.
Establecido 1841
MALAGA, SPAIN
Exporters of
Raisins, Almonds, Fresh Grapes, Anise-Seed, Canary-Seed, Chick Peas, Garlic, Lemons, Dried Figs and all kinds of Spanish products.
Responsible Agents Wanted (56)

LA PROJIMA

CRISTÓBAL DE CASTRO

I

—Antonia!
—Señorita...
—Diga por teléfono al Casino que si está el señorito, tenga la bondad de ponerse al aparato.
—¿Está?... Sí, yo, Carlota. Era para decirte que tengo en casa una visita algo rara y no me atrevo a decidir sin tu opinión.
—Una visita rara? ¡Concho!
—Fermín, ¡que hablamos por teléfono!
—Perdona, hija. ¿Y qué visita rara es esa?
—Una joven muy distinguida. Trae carta de los Camacho, de Argel...
—¿Terminó?
—No, señorita. ¡Ah, de los Camacho! Pues no hay más remedio que atender a esa joven. Tú ya sabes que los Camacho... Bueno, resuélvelo como sea... Me he levantado del tresillo, y comprenderás que no voy a tener esperanzas...
—Pero ¿qué hago?
—Lo que quieras. Abur.
—Espera. Entonces, ¿la admito?
—De qué?
—De institutriz para tus chicos. Eso proponen los Camacho. ¿La admito?
—¿Terminó?
—No, Central. ¡Reconcho! Déjenos.
—Pero Fermín... ¡Ese lenguaje!... ¿La admito?
—Claro, mujer. ¡Ah! ¿Tienes pensado teatro para esta noche? ¿Te parece la Comedia? Yo no terminaré hasta después de las ocho. ¡Figúrate! Catorce puestas y espada forzada... Abur.
—Entonces, ¿la admito?... ¡Fermín!... ¡Contra!... ¡Fermín!... No, señorita; no había terminado. Pero ya, déjelo... ¡Concho!... como dice Fermín... ¡Antonia!... A esa señorita la pasa usted a mi gabinete. Si viniese la masajista, que espere.
Y echó a andar, gorda y lenta, con su bata de encajes, manejando los impertinentes colgajos al cuello, como un dibujo de Forain o de Tovar.
Era disforme, pero joven aún. Sus padres, ricos labradores riojanos, le habían dejado un fortún, que hubo de compartir con su hermano Javier, dos años menor que ella, jugador, mujeriego y derrochador en grande. En poco tiempo se quedó «asperges», y siguió siendo para la heredada una carga y una vergüenza. Educados los dos en Madrid, «por todo lo alto», como decían sus paisanos los de Cameros, ella casó a los veinte años con el segundón de un marqués navarro, gran amigo de su hermano Javier, y, por tanto, de juergas y cupletistas. Por lo que el matrimonio fué visto y no visto, pues de la noche a la mañana, el segundón desapareció con una cupletista y veinte mil duros.
Retiróse afrontada a sus posesiones de Cameros. Vivió allí cerca de diez años, entre el beaterio y la sordidez rural, formando trínca con el párroco y el alcalde para ser el ama del pueblo. Y pasados los treinta, cada día más gorda y más amiga de mandar, tuvo, ya viuda, el «segundo cuarto de hora», vieniendo entrar por las puertas de su palacetete, como huésped de honor, al diputado a Cortes por el distrito.
Erase el diputado uno de estos amables tipos de casino, teatro, paseo, salón de conferencias, saludo a tutiplén y vitola holgada. Cincuentón, distinguido, enjuto, con el bigote recortado, limpio como el agua corriente, mejillas rasuradas, manos pulidas y botines impecables, surgió en el descampado de Cameros con el deslumbrador prestigio de un hada en una apoteosis. La viudita, ya ajamónada, harta de pueblo y soñando con ser «ministra» y mangonear en Madrid, caló bien pronto la codicia del diputado y le engatusó con tal maña, que a los pocos meses celebraron «segundas nupcias», pues no ha de olvidarse que también él era viudo, con la agravante de tres niños que tenía recluidos en un colegio de las afueras de Madrid.
Viajaron. La riojana, vuelta a Madrid, cultivó con afán sus relaciones del Sagrado Corazón, y penetró, a tambor batiente, en salones burgueses, y a tambor con sordina en alguna fiesta aristocrática. El diputado, luego de inventariar hasta cuatro millones de pesetas de su segunda mujer y los no despreciables miles de duros suyos, mejor dicho, de sus hijos, se lanzó fantásticamente a vivir sin penas ni cuidados, cortando el cupón. Vendió todas las fincas, compró más acciones del Banco, rodeó a su mujer de amigas lujosas, para aturdirle con el lujo y no tener que ocuparse de ella, y se metió en el club a jugar al tresillo, encendiendo breva tras

breve y lanzando interjección tras interjección.
De modo que cuando su mujer, por teléfono, le habló de una «visita rara», se estremeció pensando si tendría que abandonar el casino. Luego, al saber que se trataba de una institutriz para sus chicos, se tranquilizó. Al minuto no se acordaba. Chupando su breva y desplegando en abanico los naipes, anunció al general Codina, «mano» aquel día: «Juego.» Y cuando el general le dijo: «Y yo», Fermín, sonriente, pero alborotadillo, replicó: «Y yo, ¡concho! ¡concho! Roben ustedes a favor, ¡concho!»

II

Carlota se halló frente de una mujer joven, pero mastiada por la fatiga y la pobreza. Rubia, de cara mofletuda, que le prestaba cierto aire infantil, tenía en sus ojos claros una gravedad atrayente. Bien hecha, de estatura alta, llamaba la atención por su gallardía. La modestia de su vestido, pasado de moda, en lugar de ultrajarla y afearla, como a tantas otras mujeres, parecía infundirle esa elocuente dignidad de los árboles deshojados por la tormenta. La misma incorrección de sus facciones, especialmente de la cara mofletuda, adquiría en un cuerpo tan gentil incentivos extraños. Era una de esas apariencias insignificantes que examinadas por la curiosidad ofrecen encantos más sabrosos, por imprevistos.
Carlota se bamboleó al sentarse, la invitó a lo mismo, y exclamó sonriendo:
—Pues, decididamente, se queda usted. Mi marido me da autorización.
—Muchas gracias, señora. Estoy en unas circunstancias, que si viera usted...
—Nada, hija. Se queda usted de institutriz de los chicos. Son traviosos, pero muy dóciles. Además, usted tiene cara de ser energética.
—Oh, energética! Algo sería, tal vez. Pero con los niños...
Hablaban largamente. Carlota, charlatana, la impuso en un amén de todo. La casa era tranquila. Se vivía con cierta holgura, pero sin derroches ridículos. Su marido, en sacándole del club, de su tresillo y de sus puros, era hombre al agua. Ella, a más de sus devociones—debía advertir que era devota, como educada en el Sagrado Corazón—, tenía amigas, visitas, paseos, teatros... No se ocupaba apenas de la casa. Tampoco de los niños, que no eran suyos, sino de la primera mujer. Eso sí, quererlos los quería. No era ninguna madrastra. Pero... vino luego el inevitable interrogatorio.
—¿Y usted es española?
Era de Argel, de padre español y madre francesa. Sus recomendantes, los Camacho, fueron íntimos y aun socios de su padre en negocios mercantiles. Murió su padre; quedó la madre sola y casi arruinada, y ella, con quince años ya, tuvo que pensar en ganarse la vida. Una muchacha sola, pobre, sin amparo.
—¡Vaya por Dios!—dijo maquinalmente la riojana—. Entonces, lo de siempre, ¿no?
La argelina replicó enérgica:
—No. Nada de lo que usted se figura. No tengo nada reprochable, señora.
—¡Huy!, qué geniazo! Me parece que institutriz con esos prontos...
—Perdóneme; respondí a cierta insinuación. Usted comprenderá...
—Sí, hija, sí. Lo comprendo todo, como en las comedias. Pero ese genio en esta casa. ¡Huy, uyuyuy!
La institutriz se levantó. Carlota, con los impertinentes calados, la examinó de pies a cabeza. Luego, con una sonrisa, dijo:
—¿Se marcha usted? Usted se lo pierde, hija. Yo no puedo hacer más. Después de todo...
Lentamente, con una lentitud en que había más tristeza que dignidad, la argelina, luego de saludar, salió.
Y la dama, luchando con su obesidad por levantarse pronto, murmuró, viéndola salir:
—Estas prójimas... Estas prójimas...

III

—Sí; pero quedamos mal con los Camacho. ¡Concho!
—Bien, hijo, arréglalo como puedas. Por mi parte... Ella se levantó y se marchó picada. Yo no la ofendí. Hice una insinuación discreta. Que vuelva o que no vuelva, me es igual.
—Pues entonces, si te parece, la avisaremos. Pero cualquiera sabe ahora...
—Ahí tienes las señas, en la tarjeta que pasó. Creo que en la calle de Cádiz. Justo.

«Paulina Montes: Cádiz, 9, segundo. Viajeros y familias.» Ahora que si te digo que lo pienses. Comprendo lo de contentar a los Camacho; son muy buenos amigos y les debemos atenciones. Pero, ¿qué quieres! Una joven sola, distinguida—porque no será guapa, pero distinguida, lo es—, harta de correr mundo y con un tipo tan... extranjero, a mí, la verdad... Además, Javier llega esta noche. Tú sabes quién es Javier, que no tiene escrúpulos de nada.
—Javier es un sinvergüenza.
—Fermín, pero es mi hermano.
—Pero es un sinvergüenza, ¡concho! Javier viene a esta casa a lo de siempre. A ponernos en un compromiso. A saquearnos. A avergonzarnos.
—¿Quieres que lo deje en el arroyo, Fermín? Lo que si te aseguro es que dinero no he de darle. Eso se acabó. Pero no le puedo negar habitación, comida, ropa. Tendrá su cuarto, comerá aparte, si lo quieres. En fin, arregla tú lo de la institutriz; yo arreglaré lo de Javier. Y sea lo que el Señor disponga.
Hablaban todavía algún tiempo. Fermín envió una carta a la argelina. Carlota dió órdenes para que dispusiesen la habitación de Javier.
Media hora después, la argelina. Salió a recibirla Fermín. Hubo explicaciones, se arregló todo. La institutriz, con fino tacto, aclaró su actitud, halagó a Carlota, dejándole más suave que un guante, y tomó posesión de un cuarto alegre y amplio, que daba al jardín.
A las diez, en el sudexpreso de Irún llegó Javier, de Bilbao. Era el tipo achulado y antipático de muchos señoritos «bien». Traje entallado, camisa blanda, corbata chillona, modales desenvueltos y lenguaje cínico. Penetró con su maletín de mano, abrazó a Carlota, preguntó por Fermín y dijo que traía «una carpanta bestial». Fué a su cuarto a cambiarse de ropa, porque quería cenar y marcharse volando al Chantecler, a ver a la Chelito.
—Creo que ha vuelto de Barcelona que quita la cabeza. Allí, en Bilbao, va cada «chuchó»... Aquello es un asco. O dramas policíacos o zarzuelas sentimentales. Una birria. Las «varietés», Madrid o Barcelona. ¡Los demás sitios!... En Bilbao nos salió anteocho una tía fondona...
—Pero, Javier... ¡Por Dios!
—¿Qué pasa en Cádiz? ¿Esta hermana que Dios me ha dao!... ¿Te escandalizas? Pues me callaré. Te advierto que soy otro hombre. Vengo dispuesto a trabajar, pero que de «chipén». Con tu marido, no. Tu marido es un egoísta. Un plutócrata, que decimos los bolcheviques... Tú, es diferente. Tú eres plutócrata, pero de las mías. Tienes un corazón que no te cabe en el pecho. Me ayudarás, ¿no? Pues menudo negocio traigo. Figúrate. Corredor de automóviles. Claro que esto de corredor de automóviles parece un chiste de Muñoz Seca. Todos los que manejan automóviles son corredores. Pero como yo «chanelo» de esto un rato... En fin, estás nerviosa, y te dejo. Me voy a Maxim. No creas que a nada malo. A mi negocio. Voy a ver si está allí Quinto Portales, que sabe de autos más que la Biblia...
—¡Javier! Es demasiado...
—Punto en boca. Me voy. Pero he llegado con dos duros. No te digo más. Si me das esta noche cuatro mil pesetas...
—¡Cuatro mil pesetas! Estás loco.
—Tarumbita perdido, hija. Un hombre sin dinero está más loco que una cabra. Pero te advierto que las cuatro mil pesetas son para mi negocio. «Les affaires sont les affaires». Dos mil de señal, mil del contrato y mil...
—Ni mil, ni nada, hijito. Unos duros para tus gastos... Si los quieres, los tomas, y si no...
—¡Veinte duros! ¡Pero Carlota! ¿Tú sabes lo que son hoy veinte duros? Claro está que si no los tomo, me quedo sin ellos. Los tomo. Los tomo, porque soy un mendigo... Peor que un mendigo... Un señorito arruinado...
—Por tu culpa. Que una hijuela de más de trescientos mil duros, ya da para vivir.
—No me hables de la hijuela, que es como mentarme la «bicha». Vengan las cien modestas «beatas». Hasta luego.
Salió poniéndose la bufanda. Al pasar por el gabinete vio la silueta de Paulina. Preguntó a la doncella, que acudió a ponerle el abrigo:
—¿Quién es?
—La institutriz francesa, señorito. La han admitido esta mañana.
Pretextó el ovido de la petaca. Al pasar otra vez por el gabinete entró resuelto. Paulina, sentada al escritorio, se le quedó mirando. El saludó con la cabeza y sonrió cínico. Luego, en voz baja, subrayando, le dijo:
—Hasta luego, rica.
Ella, impávida, respondió:
—¡Imbécil!

IV

Días después, volviendo del Retiro con los chicos, la institutriz fué llamada urgentemente por Carlota.
—Me llamaba usted?
—Pase—dijo la dueña con sequedad.

Cerró la puerta, abrió un pequeño «secretaire», y mostrando a la institutriz dos cofrecillos vacíos, mirándola agresivamente, exclamó:
—¿Sabe usted lo que significa esto? Que me han robado mis mejores alhajas.
—Lo sé, señora.
—Pues entonces, usted verá.
—Pero, ¿qué es lo que dice usted?—replicó flemática Paulina—. ¿Tengo yo algo que ver con sus alhajas? Si se las han robado, lo siento mucho. En cuanto a recobrarlas, bien sabe usted que no soy policía.
—¡Ah!, ¿sí? Puesto que habla de policía, ahora lo veremos.
—¿Qué va usted a hacer?
—Llamar por teléfono al director de Seguridad.
—No llame al director de Seguridad, señora.
Carlota, a pesar de su gordura, se alzó bruscamente. Le brillaban los ojos. Reía. Lloraba. Podría recobrar sus alhajas, evitar que se enterase su marido, y, sobre todo, ajustarle las cuentas a aquella prójima. ¡Qué palidez tenía la muy lagarta! Luego decía Fermín que si juicios temerarios, que si juzgar por las apariencias. Como que ella se iba a equivocarse. Dijo que la institutriz era una «prójima», ¿y a ver si no era una «prójima»?
—De modo, que no llame al director de Seguridad. ¿Es que lo va usted a confesar todo?
—Lo único que tengo que confesar es esto: quien salió de aquí esta madrugada, llevándose las alhajas, fué el señorito Javier.
—¿Mi hermano? ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!...
Se derrumbó en la butaca, como de un mazazo. ¡Lo merecía, por insensata! Admitir nuevamente a Javier era arrimar fuego a la leña. Javier sería siempre el mismo. Y evocó todo el historial de afrentas y escándalos, desde que apenas mozo vendía los cubiertos de plata antigua, las fanegas de trigo y las cargas de ciruelas claudias, hasta aquel sensacional «número» del cheque falso en el Crédito, que por buenos arreglos y por las influencias de Fermín pudo solucionarse con treinta mil duros, billete sobre billete.
—¡Jesús, Jesús, Jesús!—repetía, despertando ante el nuevo horror—. ¿Qué cree usted? ¿Las habrá vendido? ¿Las habrá empeñado? Para mí es de una gran desgracia, créalo. Si mañana no voy a Palacio con mis joyas de novia, Fermín se enterará. Y si se entera, no quiero pensarlo.
De repente cayó en la cuenta. ¿No sería todo aquello una engañifa de la «prójima», para despistar? ¿No estarían los dos de acuerdo? Tal para cual, la cosa era posible. Atando cabos, recordó la antipatía irritada de Javier contra la institutriz y el desprecio, mal disimulado, que Paulina sentía por el calavera. ¿Y si toda esta farsa no era mas que un tinglado para probar la coartada? De gentes como ellos, todo se podía esperar. Había que tener cautela. Sobre todo, era necesario rescatar las joyas en el día. Suavizó la mirada, el gesto, la voz. A farsanta, farsanta y media.
—Ayúdeme, Paulina, por Dios. Usted puede salvarme, seguramente. Es compasiva, generosa. ¿Por qué no tiene una entrevista con Javier?—la observó con los gemelos quiere ver el efecto de un cañonazo—. ¿Por qué no tiene una entrevista con Javier?
—¿Para qué?—arguyó muy serena Paulina.
—Para rescatar mis joyas. Comprenderá usted que yo no puedo afrontar este asunto. Usted lleva plenos poderes. El dinero que haga falta. Todo. Yo necesito las alhajas esta noche; a más tardar, mañana a medio día. Paulina, es una súplica.
—Lo siento. Pero yo no tengo por qué hablar con su hermano. Yo soy una mujer honrada y su hermano es...
—Pues si usted no quiere avenencias, yo tampoco, ¡ea! Acudiré a la Policía, la acusaré a usted.
—Y yo probaré entonces que su hermano ha sido el ladrón.
—Usted no podrá probar nada. Y todo mi dinero, toda la influencia de mi marido... Perdóneme, estoy loca. Usted no puede comprender lo que estoy pasando. Se trata de mi hermano. Se trata de mi marido. Se trata del honor de mi familia. Por Dios, Paulina. Sea usted generosa.
—Me repugna; pero lo intentaré, porque me da usted pena...
Carlota, al abrazarla, fingió sollozar. Pero en su pensamiento revivía la seguridad de que eran cómplices. Tal para cual. El un desalmado, y ella una «prójima». ¡Pero qué prójima!...

V

Javier metió el llavín en la cerradura, dió luz y se fué derecho a la gran luna del recibimiento. Con la chistera atrás, el frac asomando entre el abrigo y un antifaz negro en la mano, parecía un cartel de baile de máscaras.

—¡Qué pata! Llevo cinco días con «pata». Yo la he dado lo suyo, pero ella me ha dado lo mío. Estoy que parece un ecehomo. ¡Qué tía bestia! ¡Pues no me ha hinchado este ojo de un «cate»!
—Sintió pasos y se volvió. ¡La institutriz!
—Deseo hablarle—dijo Paulina.
—¿A estas horas?
—Si no tiene usted otras...
—Como usted quiera. ¿En mi cuarto?
—Es igual.
Llegaron al cuarto. Javier cerró con llave. Paulina, sonriendo, exclamó:
—¿Para qué cierra usted con llave? ¡Qué tontería!
—Ahora lo verá usted. Ya era hora. Ya está usted en mi poder.
—Mire, dejémonos de sandeces. Ni yo estoy en poder de usted, ni usted sabe lo que se dice.
Hablaban tan rotundamente, con tal aplomo, que Javier se alarmó. ¿Qué casta de pájaro era aquella «prójima»? Inclinó el «chantage» de comprometerla, gritando. Pero ella, inalterable, se limitó a decir:
—Si usted grita para que nos sorprendan y comprometerme, yo denunciaré a la Policía que usted ha robado las alhajas a su hermana.
Javier, aterrado, quedó inmóvil. Paulina, advirtiéndolo, se lanzó resuelta a la batalla.
—Usted comprenderá que antes de tolear que me acusen injustamente, soy capaz de todo.
—Pero ¿cómo supone usted que yo...?
—No supongo, lo he visto. Además, usted tiene las alhajas. Es decir, el dinero, porque las alhajas sé dónde están. Y las papeletas también. Aquí.
Con viril energía le registró el bolsillo. Javier, estupefacto, fatigado, abrumado, hizo apenas un forcejeo maquinal. La institutriz rápidamente examinó la cartera, apoderóse de las papeletas y fué a salir. En aquel instante Javier se echó sobre ella, furioso. Lucharon silenciosos y jadeantes. Al fin, Paulina, desasiéndose, echó a correr. Y cuando Javier intentó seguirla, surgió en las sombras del pasillo un bulto, y la voz de Fermín, entre irónica y severa, preguntó de lejos:
—Javier, ¿ocurre algo? ¿Te has puesto malo al volver del baile?

VI

Recostada en los almohadones, gorda, fofa, rebosando entre los encajes del «salto de cama», Carlota, desteñida, con los «papiotes» colgando, esperó a que avanzase la institutriz.
—¿Las trae usted todas?
—Todas vienen aquí. Tome usted. Trienta mil pesetas, 3.000 de intereses y gratificaciones al joyero y los dependientes; según la nota, 34.000. Han sobrado 15.000 pesetas, que ahí están.
Carlota, ávidamente, alargó la mano. En un pañuelito estaba todo: las joyas y la nota de gastos. Miró y miró una por una las alhajas. Suspiró como quien se quita un gran peso de encima, y tomando las 15.000 pesetas se las alargó a Paulina.
—Tome usted este pequeño obsequio. Tómelo.
—Gracias, señora. No lo he hecho por usted, sino por mí. Me basta con que se haya convencido de que fué su hermano.
—Vamos, no sea usted así... Tómelas. Usted no es rica.
Tan rotundo fué el ademán, que Carlota, cortada, balbució palabras incoherentes.
—Yo creo que... Me parece a mí... Mi intención era...
Al rato de salir Paulina, llamó Fermín con los nudillos:
—¿Puedo entrar?
—Aguarda un segundo... Ya.
Entró Fermín sobresaltado.
—Tenias razón. Esa Paulina es una cualquier cosa. ¿Sabes lo que sorprendí anoche? Pues que salía del cuarto de Javier. ¡Concho!
—¿Del cuarto de Javier? ¡Imposible!
—Lo he visto yo. No me lo ha contado nadie. Yo mismo. Salía desvestida y casi desnuda. Del cuarto de Javier; lo que oyes. Y no me lo podrán negar, porque los sorprendí materialmente. Tanto, que desde el extremo del pasillo le dije a Javier:
—¿Ocurre algo? ¿Te has puesto malo al volver del baile?
—¡Jesús, Jesús, Jesús! ¿Y qué hacemos?—decía Carlota exagerando su asombro por la revelación.
—¿Qué hemos de hacer? Echarlos inmediatamente. ¡Concho! Sería el colmo de la indignidad hacer la vista gorda en esto. ¡Echarlos a la picotera calle! Como a lo que son. Dos golfos. El, un granuja, y ella, una «prójima», ¡pero qué prójima!
Hubo un silencio durante el cual Carlota se atusaba los «papiotes», y Fermín se miraba un grano al espejo.
—¿Por qué no hacemos una cosa, Fermín?
—¿Qué?
—Casarlos. Echarlos, como dices tú, sería dar un cuarto al pregonero. Casándolos se evita. ¿No te parece?
—¡Concho, con el granito! Conque casarlos... Yo, con tal de perderlos de vista...

Compra un
PACKARD
que es el mejor automóvil

Sociedad : Teatros : Miscelánea

Sé cliente de
NEW ENGLAND
y cuanto uses será elegante

¿Ves como cuando yo te decía que ese odio de que alardeaban era sospechoso? Pues ahí lo tienes. Entendidos. Cómplices...

—¿Cómplices?—inquirió Carlota alarmada.

—¡Naturalmente! Se entendían para engañarnos... ¡Habrán cochinos!

—¡Fermín, por Dios!

—Pero, hijita, si es la verdad, ¡concho!

—Bueno, pues yo voy al casorio. Supongo que por ellos no habrá inconveniente. Los casamos, les damos algún dinero y los embarcamos para Argel...

—Sí, hombre. Hay que devolverles la pelota a los Camacho. Bueno, pues ya que sabes el notición, me voy. Tengo que hacer la mar de cosas.

Y manoseándose la cara, preocupado, salió diciendo:

—¡Concho con el granito!

VII

Nuevamente llegó Paulina a la alcoba.

—La llamo, a usted para algo muy serio. Mi marido vió anoche que salía usted del cuarto de Javier...

—¡Ah! ¿sí?

—Y ha supuesto lo que podrá usted figurarse. Yo, por gratitud hacia usted, no puedo consentir ese entredicho, y por tratarse de mi hermano, tampoco puedo descubrir a mi marido la verdad. ¿No es esto?

—¡Ah, pero la verdad es la verdad!...

—Sí, Paulina; todo lo que usted quiere. Pero yo, antes de que Fermín sepa esta verdad, soy capaz de todo. Además, no creo que derivemos a lo trágico. Tengo que hacer a usted una proposición, que me parece lo solución todo.

—¿Qué proposición?

—Que se casen usted y Javier. ¿Tiene algo de particular? Los dos son ustedes jóvenes, los dos conocen ciertas amarguras...

—¿Y usted cree que yo puedo casarme con un...? Pero, ¿está usted loca?

—¡Paulina!

—¿Qué Paulina! Yo soy una mujer decente, ¿sabe usted? Una mujer decente... Una mujer decente...

—Sí, está bien... Pero esos modales, ese tono...

—Esos modales son los de toda mujer decente cuando la ofenden y la humillan. Y se encaminó a la puerta.

—Pero, ¿va usted a dejar la casa? ¿Se marcha usted? No puedo consentirlo...

—¡Tranquícese; las mujeres como yo estamos ya curtidas en la lucha. No nos abatimos tan fácilmente. En cambio, las mujeres como usted se rinden al primer fracaso. Es cuestión de costumbre, como todo lo de este mundo...

—Salí, sin una lágrima, sin un desaliento, a cargar otra vez con la cruz a cuestas, mirando al Cirineo egoísta, que se debatía en su orgullo como un león en una trampa...

En la Castellana.

—¿Quién es ese? Debe tener una fortuna colosal. Cada día lleva alhajas distintas y con frecuencia varía de auto. ¡Lo menos tiene seis!

—¡Menudo chasco te vas a llevar! Es un señor que compra y vende alhajas y coches. Y hasta que los vende o los cambia los usa.

—Pues chica, creí que era un duque sin arruinar o un millonario sin corona.

En Recoletos.

—¿Cómo se llama ese señor tan negro?

—Blanco.

—¿Y ese muchacho tan rubio?

—Negrete.

—¿Y aquél tan alto y tan flaco?

—Redondo.

—Chica, no sigo. Te iba a preguntar cómo se llama aquella señora tan tristonera y llamativa; pero temo que hagas otro chiste con su apellido.

—Pues mira... ¡es chiste doble! De nombre y apellido. Es Doña Alegría Peregil.

—¿Podrá ir al baile, doctor?

—Creo que sí. Pero tiene usted que darse una buena embrocación de tintura de yodo en el pecho y en la espalda.

—Así lo haré, doctor. Hasta mañana.

—Adiós y... ¡no hacer locuras!

—¡Manuela! ¡Manuela!

—¿Qué quiere la señorita?

—Mire. Me va usted a dar unas pinceladas de yodo; pero mucho cuidado de no pasar de la cintura.

—¡Señorita, no le va a hacer efecto!

—Pero me podrá poner el último vestido... ¡el del escote de moda!

—Estoy indignada con Luis. Imagínate que después de una escena muy violenta, lo he enviado a paseo.

—¿Y qué ha hecho?

—Pues oírme impasible y decirme por todo decir: «¡Pero, hijita mía, si ya vuelvo!»

GABY DESLIS

Gaby Deslis ha muerto. Estaba enferma desde hace mucho tiempo y hará cosa de un mes fue operada, al parecer con éxito. La operación tuvo complicaciones y ayer a las cinco de la tarde falleció en el sanatorio donde había sido operada, a consecuencia de una fiebre infecciosa.

Gaby Deslis tuvo momentos de celebridad mundial, más que como artista como mundana.

No era una hermosa y no pasaba de ser una de tantas mujeres bonitas; pero tenía tal atractivo que seducía.

Entre los nombres que Gaby Deslis tenía en su colección de tarjetas, figuraban algunos que podrían haber puesto en ellas una corona real. La maledicencia europea comentó mucho sus regias aventuras y en algunos momentos se creyó tan peligrosa su influencia cerca de un joven soberano, que intervino la diplomacia.

Gaby Deslis que era una excelente camarada y amiga, se acordaba muy pocas veces de que era mujer, y prefería sobre todo lo humano estar rodeada de amigos y de amigas a quienes con frecuencia invitaba. Poco pasional, fueron sus aventuras más que otra cosa un reclamo y no era raro verla almorzar con tres o cuatro amigos en los alrededores de París mientras su adorador mataba el aburrimiento en las joyerías eligiendo perlas para la desdenosa y rebelde muñequita.

Charlar con amigos, hacer escapatorias a los restaurantes baratos, almorzar en el campo tumbada a la sombra de los árboles y coleccionar joyas, eran sus distracciones favoritas. Y su placer más grande, retrasar el reloj, por lo menos una hora, cuando era esperada con impaciencia.

Era Gaby Deslis muy ingeniosa y cuando algún amigo lograba interesar su espíritu acostumbraba a decir que estaba en vías de imitar a Magdalena.

Gaby Deslis ha sido de las pocas mujeres que al morir podrá haber dicho que no hizo daño, pues como ella misma decía en la intimidad: «On peut danser sans chanter».

Cuanto los han conocido guardarán de ella un dulce recuerdo; el dulce recuerdo que siempre se tiene de las mujeres que jamás han dicho «adieu» por saber decir tan sólo «au revoir».

¡Pobre Gaby!

CUERPO DIPLOMÁTICO

El consejero de la Legación de Suiza ha invitado a numerosos amigos para tomar un té en su residencia de la calle de Alfonso XII, en el palacio que fué de los marqueses de Amboage.

Madame Jaeger y su bella hija Lill estuvieron haciendo los honores a las muchas damas de la aristocracia que visitaron sus salones.

Recordamos haber visto a la embajadora de Suiza, lady Howard; la de Francia, madame Alapetite, y su hija; condesa de Romanones, ministro de China y ma-

dame Tai, ministro de Chile y madame Fernández Blanco, ministro de Suiza y madame Mengotti, ministro de Holanda; ministro de Rumania, la señora del ministro de Panamá, Sr. Burgos, la baronesa Woelmont y su hermana señorita Du Chastel, señora de Joubert, esposa del agregado naval de Francia; D. Nicola Macario, primer secretario de la Embajada de Italia; Sr. Kellner, segundo secretario; conde de Rossi di Santa Rosa, de la Embajada de Italia; coronel Maccaffari, agregado militar de la Embajada de Italia; Sr. Fox, secretario de la Embajada de Inglaterra; Sr. Berus, secretario de la Legación de Suecia; D. Emilio M. de Torres, secretario de S. M.; Sr. Figueroa, Sr. Figueroa y Sr. Chavame, agregados de la Legación de Suiza.

Encargado de Negocios del Japon, los condes de Velle, señores de Palacios, señora de Rolland, marqués de Valdeiglesias, ministro de Colombia, consejero de la Legación de Portugal y la señora de Quevedo, señora Magmder, esposa del consejero de la Embajada de los Estados Unidos; señora de Wells, esposa del agregado naval de los Estados Unidos.

Condesa Sammati de Mombello, esposa del agregado naval de Italia; señora de Tisseyre e hija, esposa del agregado militar de Francia; Sr. Chapsal, agregado de la Embajada de Francia.

Monsieur Ristitch, primer secretario de la Legación del Reino de los serbios, croatas y eslovenos; el nuevo representante de Polonia y muchos más.

FIESTA ARISTOCRÁTICA

Los señores de Merry del Val (D. Domingo) han invitado a tomar el té a algunos amigos.

Entre las personas que se reunieron recordamos a la embajadora de Inglaterra, lady Howard; la duquesa viuda de Sotomayor y su hija Carmen; la señora de Santos Suárez y su hermana la señorita de Osma; la señora viuda de Núñez de Prado y su hija la marquesa de San Carlos de Pedrosa; la duquesa de Tovar y su hija la señorita de Figueroa y Bermujillo; condesa de Castilleja de Guzmán y su hija Blanca, y otras más.

La señorita Merry del Val ayudó a su madre a hacer los honores.

CLUB DE PUERTA DE HIERRO

La Srta. Santa María de Oliva ha ganado en el Real Club de la Puerta de Hierro, al «golf», el premio concedido por la marquesa de Viana.

—El premio concedido por el embajador de los Estados Unidos, Mr. Willard, para el «golf», ha sido ganado por don Tito Vidal.

—Se ha jugado el importante partido de desafío entre los profesionales del Club de la Puerta de Hierro, luchando los excelentes jugadores españoles Emilio Cuyargas y Angel de la Torre contra Lucien y Thompson.

EL CARDENAL RINALDINI

Ha fallecido el cardenal arzobispo de Heraclea, Aristides Rinaldini, apaciguado en Madrid desde que desempeñó la Nunciatura de Su Santidad en esta corte.

DIA DE «DIAS»

El 15 celebrarán sus días, con motivo de la festividad de San Faustino, la señora viuda de D. Manuel Silveira y su hijo menor, y los Sres. Prieto Pazos, Menéndez Pidal y Rodríguez San Pedro.

PETICION DE MANO

Para D. Tomás Blázquez Argüeso ha sido pedida la mano de la señorita María de la Concepción Rozas Seirrietz.

La boda se celebrará en la primavera próxima.

CAPITULO DE BODAS

El palacio de los marqueses de Monteagudo ha sido muy visitado estos días, con objeto de estar expuesta en sus salones la canastilla de boda de la señorita Inés Monteagudo.

Las muchas joyas recibidas por la señorita de Monteagudo y por el Sr. Creus con motivo de su próximo enlace, estaban colocadas en una vitrina.

Don Carlos Creus ha regalado a su prometida un collar de perlas de gran tamaño, unos pendientes de perlas, diadema antigua de perlas y esmeraldas, un broche con una gran perla rodeada de brillantes, una pulsera de brillantes y rubíes y otra de zafiros y brillantes.

Entre otras de las joyas cambiadas por las familias, recordamos una magnífica perla para alfiler de corbata y otras dos para botonadura, regaladas por la señorita de Santos Suárez a su prometido; una diadema de brillantes, de los marqueses de Monteagudo a su hija; un collar antiguo de brillantes y esmeraldas, de don José María Creus a su futura hija política; una media luna de brillantes, de don Gonzalo Creus, hermano del novio, a la novia; un broche de ónix y brillantes y un alfiler de brillantes y zafiros, de don Carlos Creus a los marqueses de Monteagudo; un broche de ónix y brillantes, un bolso de oro, un alfiler de brillantes y zafiros, un clavo de brillantes y dos relojes de pulsera de oro, del novio a sus fu-

turos hermanos políticos; unos gemelos de zafiros y brillantes, de los marqueses de Monteagudo al novio; una petaca de oro, de la novia a D. José María Creus; otra petaca y una fosforera de oro, de los señores de Creus (D. José María y don Gonzalo), a su hijo y hermano, y un alfiler de brillantes y zafiros, de la señorita de Monteagudo a D. Gonzalo Creus.

También figuraban, entre otras joyas, unos pendientes de zafiros y brillantes, de los marqueses de Larjos; un reloj de oro, con las iniciales en brillantes, regalado al Sr. Creus por los condes de Valmaseda; un bolso de oro, de la señorita de Girón; una sortija de brillantes, de los duques del Infantado, y una sortija de ónix y brillantes, de la marquesa de Ahumada.

NATALICIOS

La esposa de D. Rafael Fernández Grande ha dado a luz una hermosa niña, con toda felicidad.

La madre y la recién nacida se hallan en estado satisfactorio.

—Ha dado a luz con toda felicidad una robusta niña la esposa de D. Emilio Agustí.

Las dos se encuentran perfectamente.

—Doña María Boguerin de Ramos ha dado a luz una niña.

Tanto la madre como la recién nacida se hallan enfermas, siendo de más cuidado el estado de la recién nacida.

Desearnos sinceramente su restablecimiento.

VIAJES

Se encuentra en Madrid D. Joaquín Font y Fargas, director de «El Norte», de Gerona, y concejal del Ayuntamiento de dicha capital.

—Ha marchado a Londres, como agregado a nuestra Embajada, D. Alberto Aguilar y Gómez Acebo, hijo de los condes de Aguilar.

NOTICIAS VARIAS

D. Luis de Silva y Goyeneche, hijo de los marqueses de Zahara, y sobrino de Su Alteza la duquesa de Talavera, está recibiendo muchas felicitaciones, a las que unimos la nuestra, por su ingreso en la carrera diplomática.

ENFERMOS

La noble duquesa de Pinohermoso se halla delicada de salud.

—Al ilustre catedrático y doctor Sr. Redondo le han sido administrados los Santos Sacramentos.

Ayer se encontraba, por fortuna, mejor de su grave dolencia.

Desearnos el pronto restablecimiento de ambos.

NECROLOGICAS

Ha fallecido doña Beatriz Silva y Castellá, a los veinte años de edad.

Al entierro, que se ha verificado esta tarde, han acudido ininidad de personas, testimoniando las simpatías que gozaba entre las buena sociedad.

—Por tan irreparable pérdida enviamos nuestro más sentido pésame a su esposo, D. Angel Casero, a su madre la condesa viuda de Belchite, a sus hermanos la condesa de Guimerá, doña Rosa y el conde de Belchite, a sus tíos los duques de Hajar y de Lépera y la condesa de Castellá, y a sus padres políticos D. Antonio Casero y doña Teresa Sanz.

—Ha fallecido en Orihuela doña Carmen Roca de Togados y Perpiñán.

Acompañamos en el sentimiento a su viudo D. Alejandro Roca de Togados y Pérez de Meca y a toda su distinguida familia.

—Ha fallecido en esta corte D. Manuel Echevarría-Zarraga y Garay.

Reciba su sobrino, D. Segundo Echevarría, nuestro pésame.

—A los setenta años de edad ha fallecido D. Jaime García Martínez, persona que gozaba de generales simpatías.

—En la iglesia parroquial de San Jerónimo se ha verificado esta mañana un funeral por el eterno descanso de doña Consuelo Velasco, viuda de Tapia.

El acto se vió muy concurrido.

ANIVERSARIOS

Mañana, con motivo de cumplirse el primer aniversario del fallecimiento de D. Manuel Villegas Abenoja, se celebrará una misa, a las diez y media, en la parroquia de San Antonio de la Florida.

Renovamos la expresión de nuestro sentimiento a la distinguida viuda, doña Concepción Martínez Batanero, y demás familia.

—Mañana se cumple el primer aniversario del fallecimiento del general D. Santiago D. de Ceballos y Visgras.

—Mañana se cumple el séptimo aniversario del fallecimiento de D. Manuel Pardo Louza.

Con tal motivo se celebrarán misas en sufragio de su alma en el Oratorio del Olivar.

—También se cumple mañana el cuarto aniversario del fallecimiento de doña Josefa Bosch y Fustegueras; con cuyo motivo reiteramos nuestro pésame a su viudo, D. Carlos Martín Murga, y a sus hijos.

—Mañana se cumple el XIV aniversario del fallecimiento de D. Luis Fernández de Córdoba y Zarco del Valle, marqués de Mendigorria, que fué ayudante de S. M. el Rey.

Noticias de sociedad

REYES Y PRINCIPES

El Sha de Persia continúa en París con sus hijos y séquito.

También está en París el Príncipe de Mónaco, que preside el Congreso de Oceanografía.

La Reina de Bélgica que, como saben nuestros lectores, estaba en París, ha regresado a Bruselas.

El Papa ha recibido la noticia oficial del próximo matrimonio de la Princesa de Mónaco, duquesa de Valentinois y heredera del principado, con el Príncipe de Polignac.

El Soberano Pontífice ha enviado al Príncipe de Mónaco y a la Princesa un telegrama de felicitación y su bendición pontifical.

Durante la visita que el domingo próximo hará M. Poincaré a la villa de Thionville, con el fin de hacer entrega a ésta de la cruz de la Legión de Honor, se entrevistará con él la gran duquesa de Luxemburgo.

EL BAILE GOYESCO

Necesidades de ajuste nos obligan a insertar la reseña del baile celebrado anoche en el teatro Real en otra página. Decimos aquí solamente que ha excedido en brillantez a cuantos se han celebrado en Madrid, y que no recordamos haber presenciado jamás espectáculo tan lindo y artístico.

Cuando hizo su aparición en el palco real S. M. la Reina, que vestía una regia «toilette» de tisi de oro, toda la concurrencia dejó de contemplar a las bellas disfrazadas, para admirar una vez más la soberana y clásica belleza de la más bella de las Reinas. Tan bella estaba, que anoche pudo oír quien esto escribe el elogio más grande que jamás ha oído hacer de ninguna belleza, elogio hecho por labios femeninos. Preguntaba una muy linda marquesa a una muy hermosa duquesa si se había fijado en el collar de brillantes que llevaba S. M. la Reina, y le replicó la duquesa:

—«Mira; está la Reina tan soberanamente hermosa, que no he tenido tiempo aún de mirarle otra cosa que la cara.»

Fulgurando como radiante constelación, rodeaban su garganta brillantes de gran rareza por su tamaño y pureza de color; y su regia y espiritual figura evocaba el recuerdo de las Reinas que todos se han forjado en su niñez y han visto en sueños, copiándolas de los dibujos del inimitable Doré, único en el arte de idealizar las figuras de mujer, espiritualizando la carne con la aureola misteriosa de lo sobrenatural.

El baile goyesco ha servido para que Su Majestad la Reina pudiese contemplar a su Corte, ya que estaba casi toda su Corte, vistiendo los trajes de los tiempos de Carlos IV; pero ha servido también para que el Madrid elegante, nunca como ayer congregado, tributase a su Soberana el homenaje de admiración respetuosa y efusiva que las multitudes rinden siempre a la soberanía de la belleza.

Acaso por eso dijese anoche el más ilustre de los artistas que en el baile había, que «el baile era digno de Goya, y la Reina, de su pincel».

DIVORCIEMONOS!

Como era de esperar, aumentó con la guerra la licencia en las costumbres, y a

su terminación, muchos soldados de todos los países adquirieron el convencimiento de que mientras ellos se jugaban la vida en el frente, para impedir que conquistasen su país, se dejaban conquistar fácilmente sus mujercitas. Ese convencimiento produjo militares de rupturas de relaciones matrimoniales, y en muchas ocasiones fué declarado el divorcio, para luego ser celebrado otro matrimonio.

Los franceses, que siempre encuentran la frase apropiada para clasificar, han hallado también las necesarias para designar las diferentes clases de divorcio. La genérica es «divorcée de guerre»; pero con varias categorías, desde la «divorcée d'hospital» hasta la «divorcée d'aviation».

Como a consecuencia de los divorcios hay muchos nuevos matrimonios entre divorciados, es frecuente encontrarse las parejas cambiadas y oír diálogos como el siguiente:

—Mira. Ahí va mi primer marido con su mujer.

—¿Quién es ella?

—Mírala. Es la primera mujer de mi segundo marido.

En una comida que se celebró hace pocos días en una casa de París, no hubo más remedio que invitar a varios divorciados «recaídos», y la dueña de la casa decía que su mesa parecía una mesa «de vaudeville».

Escritores y caricaturistas están sacando mucho partido estos días del «chassé croisé», y muy pronto veremos en los teatros ese asunto sirviendo de argumento a regocijantes comedias.

EL «JAZZ-BAND»

Un inglés ha definido el «Jazz-Band» diciendo que es «Música escrita y tocada por locos para que bailen locos».

Un caricaturista francés es menos cruel. Titula su caricatura «Música Moderna», «La lección del «Jazz-Band». Un niño subido en un piano lo aporrea con los pies, a dño con otro, que lo manotea. Una niña hace sonar unas copas, un niño toca una trompeta y un conejo mecánico golpea con los palillos un timbre. Ladra un perro, maya un gato, se suicida un vecino y los ratones huyen desparvoridos.

Y para llegar a eso... ¡la Humanidad ha estado matándose durante cinco años!

DIALOGOS

—¿Cómo me encuentra usted, maestro?

—¡Admirable, encantadora! Si Goya resucitase le propondría seguramente hacerle el retrato y dárse una vueltecita por la Pradera del Corregidor.

—Para eso, no hace falta resucitar a Goya.

—¿Preparo los pinceles? El retrato no será de Goya; pero...

—¡Gracias, maestro!

—¡Enhorabuena, cuñadito!

—¿Por qué?

—¡Ya lo sabes! Por lo de ayer.

—¡Chico, no recuerdo!

—No te hagas el tonto. Te estuve viendo mano a mano en la esquina de Goya, hablando muy entusiasmado con una señora.

—¡No seas imbécil! Esa señora a quien no conociste era tu mujer.

—¡Sí que es gracioso! ¡No haber conocido a tu hermana! ¡Como estaba de espalda!

—Así sois. ¡Siempre pensando mal!

Las más lindas toilettes están en
LA VILLA DE PARIS
Tailleurs - Visitas - Soirée

LA MODA AL DIA

Para admirar elegancias
:: HOTEL RITZ ::
Comidas - Tés - Bailes

A LAS LECTORAS

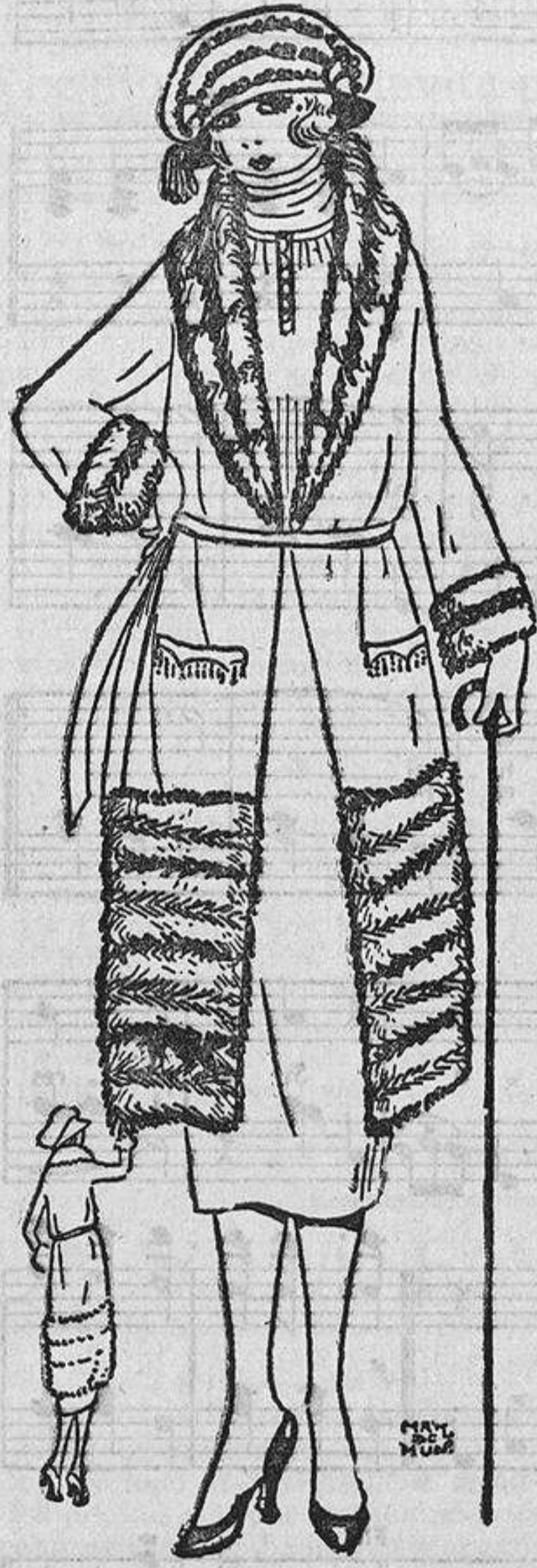
No hay un solo figurín de modas que no dedique su artículo de fondo al asunto que todas las temporadas tiene en gran expectación al mundo femenino. Todos ellos procuran anticipar a sus lectoras los modelos que reinarán en la temporada próxima, y procuran animarlas, ya sea en su favor, alabando las nuevas siluetas y detalles imprevistos que dicen favorecerán y embellecerán a las mujeres, o bien en su contra, criticando y condenando osadías y ridiculeces que creen descubrir en los nuevos modelos.

Coline, inspirada cronista francesa, dice, hablando de modas, lo siguiente: «Nunca se ha visto la moda tanto tiempo indecisa; otras veces, en su afán de variación, procedía por saltos, que desconcertaban a las elegantes mejor templadas. En la actualidad titubea y parece buscar un camino.»

Y es que por una vez se ha comprobado que la moda de ayer era muy seductora y había conquistado el corazón de las mujeres. No siempre nos ofrecen modelos que «casi» pueden confeccionarse en casa, que necesitan tan poca tela, que desdén adornos, señalan las formas, aunque esto no agrada a las que perdían señalando defectos.

Todo esto debemos agradecer al vestido «camisa», y no somos ingratas. Por esto los modistos no se atreven a destronar brutalmente a nuestra favorita. Se han hecho pequeños arreglos: un fleco aquí, un lazo allí, un volante en la cadera, unos frunces, bolsillos, una goma en la cintura, más vuelo en el dobladillo. Un día apareció la crinolina, y los astutos modistos dijeron: «Una revolución!» ¡Qué error! La crinolina es de encaje y deja transparentar el traje «camisa» que va debajo.

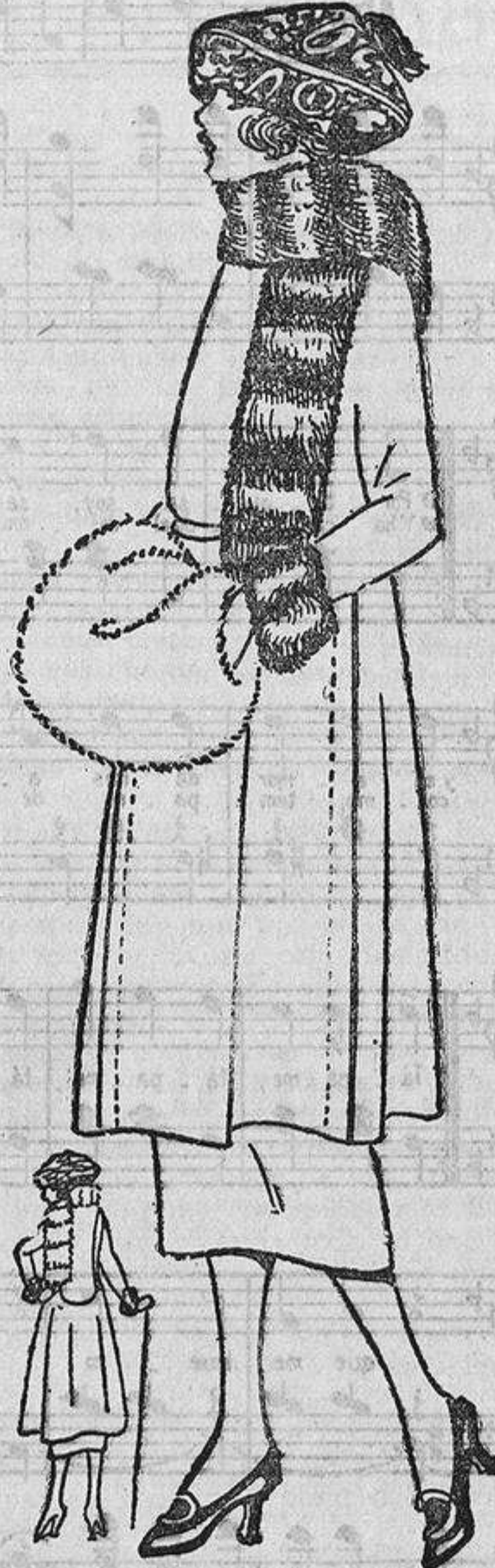
Es verdad, va debajo; hoy aún se ve. ¿Sucederá lo mismo mañana? Hoy aún se ve, pero menos que ayer y más que mañana. Desaparece bajo tules, como desaparecen los rostros bajo el polvo descolorido de los cuadros al pastel. El vestido «camisa» es una historia vieja ya. Bien vale el que volvamos hacia ella un poco la cabeza con una sonrisa última, mientras nos alejamos. La última de sus adeptas ha terminado su traición dedicándole el poco poético nombre de funda. Naturalmente que una funda de gasas de plata «lamé», brocados, etc., bien merece ciertos miramientos, y no es extraño insista en dejarse ver a través de los tules, encajes, etcétera, que la cubren para dar el movimiento de moda.



Estos chaquetones largos son siempre de éxito seguro, sobre todo si están, como éste, confeccionados con duvetina color avellana y tienen la piel de «Kolimsky», además de un bordado en los bolsillos.



De fina jerga azul marino, tiene en la falda tres volantes plisados capaces de hacer saladísimo el andar de la mujer menos graciosa. Solapa que puede abrirse a voluntad.



El cuerpo de esta levita es ajustado, y desde la cintura salen los vuelos, cortados en forma. Cuello bufanda de piel; el modelo de duvetina verde oscuro.

Claro está que no todas las mujeres se han dado cuenta de esta evolución, ya que el invierno, con sus fríos, nieblas y humedades, no consentía el salir con trajes tan vaporosos. Únicamente se han lucido en los bailes y cenas de los grandes hoteles, en reuniones aristocráticas y ambientes a los cuales no todas las mujeres pueden concurrir.

Tampoco resultaría práctico debajo de abrigos; hubiesen arrugado y estropeado las armaduras y encajes que forman la crinolina, y perderían esa vaporosidad etérea que constituye todo su encanto.

Para verano sí son adoptables desde el momento en que el calor obliga a abandonar los pesados abrigos, y los vestidos ligeros, graciosos, claros y juveniles se lucen en toda su esplendor.

De ser así, esperamos ver los modelos de baile de este invierno, ligeramente modificados, llevarse en la calle. Se suprimirán los tules y gasas que cuelgan en picos hasta el suelo; los cuerpos serán más cubiertos, y en vez de encajes metálicos y fundas suntuosas, sencillos encajes de hilo, telas suaves y sencillas, tules «soutachés» lavables y demás materiales sencillos propios de verano.

M. DE M.

CONSEJOS

Es un error creer que pasando sin cesar la lengua o mordiendo los labios se aumenta su frescura y brillo; esta coquetería funesta, si bien por el momento los aviva, a la larga los marchita y cubre de grietas.

Para primavera es indispensable un traje abrigo, con el cual no se da la sensación de ir a cuerpo. Los tejidos son más flexibles que los de abrigos, cuello alto, manga larga y el cuerpo forrado con bonitos tejidos que se lucen al escotarse en una visita, un teatro o cualquier otro sitio caldeado.

A las golosas les recomiendo el siguiente sencillo postre: mezclar en una cantidad de dulce de manzana algo seco, claras de huevo y un poco de fécula, amasarlo y cortad en formas caprichosas; pasar por huevo batido, freír hasta que adquieren un color dorado, se espolvorean con azúcar. Se sirven frías o calientes.

El viernes, en el Palace, una imponente señora llevaba un «bandeau» de tisé de oro, rematado a un lado por un penacho de «paradis» negros. El casco lo formaba una gran cantidad de rizos cordelíes; esta idea sería maravillosa si la llevase una jovencita esbelta y original; en esa señora resultaba de un gusto dudoso.

Esta indiferencia sublevó a la patrona, y exclamó:

—¿No le das importancia? Pues has de saber que al paso que va tu marido, dentro de seis meses no le quedará un céntimo de tu dote.

—Bien—repuso la joven—; ¿me darás otro?

Mad. Desvarenes tomó entonces el aire grave de los grandes negocios, y exclamó:

—¿Yo? ¿Te figuras acaso que tengo una caja sin fondo? Te he dado cuatro millones al casarte, pero en buenos valores, parte en una finca en la calle de Rívoli, y en 800.000 francos que he conservado prudentemente en la casa, y cuya renta os entrego con escrupulosidad. Los 500.000 francos en valores, Dios sabe dónde habrán llegado si no han parado de correr, y mi notario ha venido a decirme que se ha vendido la casa de la calle de Rívoli, sin que se haya hecho empleo conocido del dinero.

La patrona se detuvo y hablaba con aquella ruda franqueza que tan fuerte la hacía; miró a su hija, y repuso:

—¿Sabías todo esto, hija mía?

Micaela, visiblemente turbada, porque esta vez su madre atacaba hechos materiales que no ofrecían duda, balbució:

—No, mamá.

—¿Cómo es posible? Ese hombre no puede vender sin tu firma.

—Se la he dado.

—¿Que se la has dado! ¿Cuándo?—exclamó ya colérica la patrona.

—Al día siguiente de nuestro matrimonio.

—Es imposible! ¿Tu marido tuvo la impudencia de exigirte en cuanto te casaste?

—No, mamá; él no me pidió nada, yo se la ofrecí; tú me habías casado por el régimen dotal...

—Por prudencia; con un mozo como tu marido todo era poco.

—Pues bien; tu desconfianza debió ofenderle; yo me sentía humillada por los dos. No te quise decir nada, porque con un carácter como el tuyo, temía hasta que descompusieras el matrimonio. Yo amaba a

Sergio, firmé el contrato que tú querías, y al día siguiente de mi matrimonio di a mi marido un poder para que dispusiera en absoluto de mi fortuna.

La cólera de Mad. Desvarenes parecía haberse desvanecido, observaba a su hija y quería conocer el abismo donde había caído por su ciega confianza.

—¿Y qué te dijo entonces tu marido?

—Nada—exclamó con sencillez Micaela—; me abrazó casi con lágrimas en los ojos; yo comprendí que mi delicadeza le había llegado al alma, y me sentí muy dichosa. ¡Oh, mamá!—añadió la niña, cuyos ojos resplandecían aún al recuerdo de aquella alegría—, puede gastar todo lo que quiera, me creo pagada de antemano.

—¿Eres loca de atar!—exclamó impaciente la patrona—. Pero Dios mío, ¿qué tiene ese calavera para trastornar así la cabeza de todas las mujeres?

—¿De todas?—exclamó vivamente Micaela clavando en su madre una mirada de ansiedad.

—¿Es mi manera de hablar!—dijo rudamente la patrona—. Pero ya conoces que yo no puedo conformarme con lo que acabas de decirme. ¡Una lágrima y un beso! ¿Crees que con eso se pagan los luises de tu dote?

Miquelina intentó un nuevo esfuerzo y volviendo al asalto de aquel corazón que se rebelaba exclamó:

—Vamos, mamá, déjame ser dichosa.

—Se puede serlo sin hacer locuras. No necesitas caballería de carreras.

—¡Hemos escogido colores tan bonitos!

—exclamó Miquelina sonriendo—. Jubón gris perla, mangas rosas. ¡Será encantador!

—¿Eso crees? Veo que no eres difícil de contentar. ¿Y el Club y el juego, qué me dices de ello?

Miquelina palideció, y con una sequedad que hizo daño a su madre, repuso:

—¿Tanto ruido hay que hacer por algunas partidillas de ecarté?

Esta defensa obstinada de Sergio exasperó ya a la patrona.

—¡Déjame en paz!—exclamó—. ¿Te parece que no estoy bien informada? Te

no—, que yo, hombre de trabajo, reducido por el rigor de mi tía a la triste condición de hombre de placer, acepto, humillando mi frente, y me confundo con este enjambre de vividores de vocación... Ahora ya sabéis el empleo de mi tiempo, querido amigo, y podéis escribir un resumen sustancial bajo este título, imitado de los libros piadosos: «Las horas de crápula»; tendrá un éxito asombroso, os lo aseguro.

Madame Desvarenes, que había prestado atención a las primeras frases, ya no escuchaba; estaba sumida en profunda meditación. Su rostro dejaba ver la huella que las preocupaciones y el pasar habían hecho en aquella mujer, que con tanta bravura luchaba con las injurias del tiempo. Las arrugas habían empezado a surcar su frente, sus sienes se habían hundido, su barbilla se había afilado, y ya no era enérgica, era obstinada. Sus ojos, cada vez más ardientes, se habían hundido bajo las profundas arcadas de sus cejas, y en torno de ellos había un círculo como teñido de carbón.

Apoyado en la pared, cerca de una ventana, Sergio la observaba, preguntándose con secreta inquietud qué causa había traido repentinamente a madame Desvarenes entre ellos, después de dos meses de separación, en que apenas había escrito a su hija. ¿Iba a tratar de nuevo la cuestión de fondos? Desde por la mañana, que había llegado, habíase mostrado tranquila, alegre, como un escolar en vacaciones... Aquel era el primer momento en que dejaba aparecer en su rostro la expresión de desaliento y de tristeza; su alegría, pues, era fingida, y había querido engañar a alguien. ¿A quién? A él sin duda.

Una mirada que se cruzó con la suya le estremeció. Juana le indicaba con la vista a madame Desvarenes; ella también la observaba. ¿Era, pues, por ellos por quien la patrona había dejado París? ¿Su secreto había caído en manos de la terrible madre? Sergio se prometió averiguarlo.

Los ojos de Juana se habían apartado de él y pudo mirar a la joven con libertad; había embellecido; la palidez de su tez ha-

bía tomado tonos más cálidos; las riquezas de su busto se habían desarrollado, y una especie de voluptuosa languidez se exhalaba de ella, fascinadora como un perfume. Sergio sintióse más enamorado que nunca, se despertó en su alma el ardor de una pasión imperiosa, y por un instante tembló su mano, su corazón dejó de latir, y haciendo un esfuerzo para romper aquella fascinación, se adelantó al centro de la sala.

En aquel momento llegaron nuevas visitas. Breda, con su inseparable Fremblay, escoltando a lady Harton, la bella prima de Sergio, que tanto había turbado a Miquelina la noche de su matrimonio, pero a quien ya no temía; después, el príncipe y la princesa Odescalchi, nobles venecianos, seguidos de M. Clement Souverain, joven belga, gran tirador de pichón y obligado director de los cotillones.

—¡Oh, milady, toda de negro!—dijo Miquelina señalando el vestido de raso ceñido que llevaba la inglesa.

—Sí, mi querida princesa—exclamó lady Harton con supremo desdén—; un luto de baile, una de mis mejores parejas, ya sabéis, Harry Tornwall.

—El acompañante obligado de la condesa de Alberti—precisó Sergio—. ¿Y bien?

—Que acaba de matarse.

Un conjunto de exclamaciones se elevó en el salón, y todos los asistentes rodearon a la bella inglesa.

—¿Cómo! ¿No lo sabíais? No se ha hablado hoy de otra cosa en Mónaco; el pobre Tornwall se ha dejado limpiar completamente los bolsillos, se ha introducido de noche en el parque de la casa que habita la condesa Alberti y se ha levantado, debajo de su ventana, la tapa de los sesos.

—¿Qué horror!—exclamó Miquelina.

—Lo que ha hecho vuestro compatriota es de muy mal gusto, milady—añadió Sergio.

—La condesa, irritada, ha tenido una frase ingeniosa; ha dicho que Tornwall, al irse a matar a su casa, ha demostrado su falta de saber vivir.

—¿Queréis impedir que los arruinados se quiten la vida?—dijo Cayrol—. Haced

TÁPAME...

Creación de LA GOYA.—Letra de A. LOPEZ MONIS.—Música de RICARDO YUST

Muchas de nuestras tonadilleras han brotado de las capas sociales inferiores. Algunas han tenido la virtud del refinamiento. Otras no han acertado a desprenderse de su primitiva ordinariedad.

La Goya nació como ninguna. La señorita Aurora M. Jauffret era ante todo y sobre todo eso: una señorita. Exquisitamente educada, sus viajes por Europa y América la hicieron aprender mucho. Antes de que se lanzara al arte que hoy cultiva, dijo La Goya a un reputado escritor: «Yo quiero ser señorita antes que cupletista! Y espero ser la artista predilecta de las personas decentes.» Y lo fué.

Para serlo llevaba mucho adelantado: su nacimiento, su educación, sus gustos refinados. Añádase si se quiere a todo eso su figura, atractiva como pocas, su linda cara morena, sus ojos negros, llenos de pasión, su sonrisa graciosa y atractiva.

La señorita Aurora M. Jauffret empezó por declarar guerra a muerte a la forma en que se exhibían nuestras tonadilleras cuando ella se lanzó al cultivo del género. Sus gustos refinados no podían admitir los consuetudinarios trajes de lentejuelas, sembrados de piedras de colores diversos. Rompió con la tradición, desoída, con muy buen acuerdo, de exhibir toaletas que correspondiesen respectivamente a las figuras determinadas por las mismas canciones de su repertorio. Unida la variedad a la distinción, resultó de este enlace algo hasta entonces poco atendido: la propiedad.

Se presentó La Goya al público por vez primera, bien pertrechada, a fines de junio de 1911, en una de las salas madrileñas consagradas al cultivo de las variedades: en el Trianon. Tenía entonces sus buenos diez y siete años. Y se presentó con estas cuatro canciones: «La Tirana», tonadilla de Chapí, letra de Alvaro Retana; canción del borriquito de «La Camaroná», letra de Perrín y Palacios, música de Giménez; la tarantela napolitana de «La suerte de Isabelita», de Martínez Sierra y Calleja, y el célebre «Ven y ven», canción mejicana de Rafael Gómez, letra de Alvaro Retana.

El éxito alcanzado fué inmenso. El público se encontró con algo tan nuevo, tan exquisito, que consagró a La Goya en una sola noche como estrella de primera magnitud. La conquista de la popularidad fué para ella cosa muy rápida. El mismo nombre que adoptó para sus andanzas escénicas había sido un acierto evidente. ¿Qué sino una maja de Goya era la señorita Jauffret?

El empresario del Trianon, D. Antonio Moriones, refrendó bien pronto el éxito de público que La Goya acababa de alcanzar, porque la nueva artista se presentó en el Trianon sin sueldo, como quien dice, a prueba, y a los tres días justos de su debut le asignaba Moriones

PIANO

ff TPO. DE VALS

ff Por-tu-gue-sa soy, se-no-res: i-na-ci-do-en Se-tu-bal
Y ha-ca-do del des-con-sue-lo en la ho-gue-ra del do-lor

y el a-mor de mis a-mo-res to se ha qua-dra-do en Por-tu-gal
co-mo tem-pa-na de a-hie-to so-bre el cá-biz de u-tu-gal

Tá-pa-me, tá-pa-me, tá-pa-me tá-pa-me tá-pa-me que ten-go frío Si no quie-res
que me mue-ra ven a-quí, ca-ri-ño mi-o

Al ♩ y para fin
salta desde el ♩

cient pesetas diarias. El hecho no podía ser más significativo.

La Goya, como ha dicho muy bien Retana, purificó con sus cuplés fines el «music-hall» español. Tal vez por esto fué ella la primera artista de su clase contratada para el fin de fiesta del teatro Lara, un año después de su presentación al público en el Trianon.

Con la popularidad vino la leyenda, plasmada esta vez, como tantas veces, en unos amores en que no podía faltar la figura del torero: un torero de tronío a la sazón, ahora ya retirado de su arte.

Con esa popularidad y con esa leyenda alzó el vuelo La Goya para descender en América, donde aguardaban a la artista y a la mujer grandes triunfos. Los alcanzados en la Argentina, donde su popularidad llegó a límites nunca conocidos, fueron superiores a toda ponderación. En menos de tres años pudo darse el gusto de volver a España con un capital de ochenta mil duros españoles y más de 150.000 pesetas en alhajas.

Otra vez en Madrid, se repitieron sus grandes éxitos de otros días. Con esto y todo, su nueva estancia aquí fué breve. América la reclamaba. Los admiradores de La Goya no habrán olvidado la gran despedida que la hicieron en el teatro Eslava la noche del 30 de marzo de 1914. Después de cantar todo su repertorio y de ver la escena inundada de flores y palomas, La Goya recibió de manos de Ramón Asensio Más dos delicados presentes: un precioso ramo de claveles, atado con una cinta de los colores nacionales, y un soneto, que fué leído por el autor y recibido por el público con vivas a España, a la Argentina y a La Goya.

Letra de «TAPAME...»

I

En la playa se bañaba una niña angelical, y acariciaban las olas su figura escultural; al entrar en la caseta a quitarse el bañador, le decía a su bañero con acento de candor:

Tápame, tápame, tápame, tápame, tápame, que estoy mojada.

Para mí será taparte la felicidad soñada.

Tápame, tápame, tápame, tápame, que tengo frío.

Si tú quieres que te tape, ven aquí, cariño mío.

II

Una tarde de aguacero, sin paraguas, Soledad se mojaba, y la chiquilla iba caladita ya; un joven la quiso entonces con el suyo resguardar, y llegó tan a buen tiempo que ella dijo sin tardar:

Tápame, tápame, etc.

prestar al monte de Mónaco un luis sobre las pistolas.

—Y una vez perdido el luis—exclamó el joven Souveraint—, los jugadores tendrán el recurso de colgarse.

—Siempre dejarán la cuerda que lleva dicha a los demás—dijo Marechal.

—¿Qué lúgubre es todo lo que decís!—exclamó Susana Herzog—. Para desechar estas malas impresiones podríamos bailar un vals.

—Sí, eso es mejor, en la terraza—exclamó Breda con fuego—. Un muro de azahar nos ocultará a las miradas de los indiscretos.

—¡Ah, señorita!—suspiró Breda acercándose a Susana—. ¡Valsar con vos a la luz de la luna!

—Sí, mi amigo Pierrot—exclamó Susana riendo.

El piano, herido por los vigorosos dedos de Pedro, que quería hacerse útil, ya que no podía ser agradable, resonaba en el salón contiguo. Sergio se acercó lentamente a Juana y dijo:

—¿Me hacéis el honor de bailar conmigo?

La joven se estremeció; la palidez se extendió por sus mejillas, y dijo con voz ruda:

—¿Por qué no invitáis a vuestra esposa?

—Vos, o nadie—dijo Sergio sonriendo.

Juana se levantó, clavó en él una mirada como de desafío, y dijo:

—Pues bien, nadie.

Y se dirigió a tomar el brazo de su marido, que se adelantaba hacia ella.

El príncipe permaneció largo tiempo inmóvil, siguiéndolos con la vista. Después, viendo a su mujer sola con madame Desvarenes, pasó a la terraza, donde ya las parejas giraban sobre las losas bruñidas, y las careajadas se elevaban en medio del silencio de la noche. Era una noche de marzo dulce y perfumada; profunda turbación se apoderó de Sergio, y como disgusto de la vida. Enfrente de él el mar resplandecía iluminado por la luna, y tuvo como deseo insensato de arrojarle sobre Juana, de arrancarla de aquel brazo y de llevarse lejos del mundo sobre aquella

inmensidad tranquila, que le parecía hecha para mecer dulcemente los amores eternos.

XV

Miquelina había hecho un movimiento para seguir a su marido; su madre, sin levantarse, la sujetó por el brazo.

—Quédate un momento conmigo—le dijo con acento de reproche—; apenas hemos podido cambiar diez palabras desde mi llegada. Vamos, habla, ¿estás contenta de verme?

—¿Cómo me lo puedes preguntar?—exclamó Micaela, volviendo a sentarse en el diván al lado de su madre.

—Te lo pregunto, porque quiero que me lo digas—replicó dulcemente madame Desvarenes.—Bien sé que lo piensas, pero no me basta.

Y con el aire del mendigo que demanda una limosna, exclamó:

—¿Quieres darme un abrazo?

Miquelina saltó a su cuello con un «Querida mamá!» que hizo asomar las lágrimas a los ojos de aquella madre apasionada.

La patrona estrechó a su hija entre los brazos, y sujetándola en ellos como el avaro su tesoro, exclamó:

—¿Cuánto tiempo hace que no te oigo llamarme así! Dos meses, durante los cuales he permanecido abandonada en aquella inmensa casa que tú llenabas con tu presencia...

—Pero, mamá—exclamó Miquelina—, ¿no has de ser nunca razonable?

—¿Razonable! Ser razonable es acostumbarme a vivir sin ti, subordinar mi existencia a la vuestra, soportar sin quejarme que se me arrebate toda mi dicha, y ahora que estoy vieja hacerme arrastrar una vida sin objeto, sin recompensa, sin alegría, hasta sin pesares, porque ¡te conozco! Si te pasara algo ni aun me lo dirías.

Miquelina guardó silencio un instante, y dijo:

—¿Qué pesares puedo yo tener?

Por esta vez madame Desvarenes olvi-

dó un instante su habitual prudencia, y exclamó:

—¡Toma, los que tu marido te cause!

Miquelina se levantó bruscamente, y repuso:

—¡Madre!

Pero la patrona se había ya lanzado, y sin poder contenerse, exclamó con vehemencia:

—¿Qué, ¿acaso ese señor se conduce conmigo de una manera que inspire confianza? Después de haberme jurado no separarte de mí, te ha sacado de París, donde sabe que me tienen sujeta mis negocios.

—Eres injusta—dijo vivamente Miquelina—, bien sabes que los médicos le han exigido que me traiga a Niza.

—¿Bah! A los médicos se les hace recetar lo que uno quiere. Tu marido ha dicho al buen doctor Rigault: «¿No creéis que el aire del Mediodía le sentará bien a mi mujer?» Y el médico ha dicho: «Cierto, si no le hace bien, no le hará mal.» Y entonces ha añadido tu marido: «Tomad una hoja de papel y escribidlo como prescripción medicinal, porque veis, mi suegra sentirá separarse de su hija...»

Y como Miquelina pareciese no dar crédito a sus palabras, la patrona exclamó con énfasis:

—Me lo ha contado el mismo doctor el día que yo quise tratarle duramente por haberte prescrito este viaje incalificable. Ya no tenía yo gran confianza en los médicos; pero desde ahora...

Miquelina comprendió que estaba en un terreno resbaladizo; quiso calmar a su madre, como en otro tiempo lo hacía, y murmuró:

—Vamos, mamá, ¿no podrás acostumbrarte nunca a tu verdadero papel? ¡Tu celo te lleva demasiado lejos! Bien sabes que todas las mujeres se separan de sus madres para seguir a sus maridos; tú misma dejarías la tuya por seguir a mi padre, y tu madre también lloraría.

—¿Qué sabes tú? ¿Acaso mi madre me quería como yo te quiero?—exclamó impetuosamente Mad. Desvarenes—. Yo fui criada más duramente que tú; teníamos que trabajar y no podíamos perder el tiempo en querer tanto. La dicha de mirar

a sus hijos es sólo privilegio de las madres ricas. Para tí, ya lo ves, no nos parecía ninguna pluma bastante blanda para mullir tu cuna, y has sido mimada, regalada durante veinte años. ¡Ingrata! Te ha bastado ver a un hombre, tratarle unos cuantos meses para olvidarlo todo.

—¡Si no lo he olvidado!—dijo Miquelina conmovida por aquel cariño apasionado—. En mi corazón ocupas siempre el mismo lugar...

La patrona miró a la joven con melancolía, y repuso:

—¡No es ya el primero!

Esto fué dicho con tan ingenuo egoísmo que Miquelina no pudo menos de sonreír, y añadió:

—¿Cómo es eso, pequeño tirano! ¿Conque es preciso que tú domines en absoluto? ¿No te basta la igualdad? Piensa que has tomado la delantera, que hace veinte años que te amo y es fuerza que el pobre Sergio se desquite del tiempo perdido. No trates de establecer comparación entre ambos cariños, sé buena, y en lugar de poner mala cara a mi pobre marido, trata de quererle, de que yo sea dichosa viéndolos unidos, confundidos en una sola voluntad, para que yo a mi vez os confunda en la misma ternura.

—¡Ah, qué bien sabes engañarme! ¿Qué cariñosa eres cuando quieres serlo! ¿Qué dichoso es Sergio en haber encontrado una mujer como tú! Siempre es lo mismo, obtienen más los que merecen menos...

—¿Otra vez, mamá?—dijo Miquelina con cariñoso enojo—. Supongo que no habrás venido de París sólo para hablarme mal de mi marido.

Mad. Desvarenes adoptó una expresión grave, y repuso:

—No; he venido para defenderte.

Y como Miquelina hiciese un ademán de sorpresa, la patrona prosiguió:

—Ya es tiempo de que hable sin rodeos; estás seriamente amenazada.

—En mi amor?

—No, en tu fortuna.

Miquelina lanzó una carcajada, y repuso:

—¡Si no es más que eso!